

BOMBAS A DOMICILIO
DE
LUIS ENRIQUE OSORIO

Comedia en tres actos, estrenada en el Teatro Nacional de San Bartolomé, el primero de julio de 1945, por la Compañía Bogotana de Comedias.

PERSONAJES:

NATACHA	Isabel Contreras
VIOLETA	Teresa Velandy
PAZ	Gloría Aguilar
RUPA	Maruja Montes
MARINA	Teresa Sanchetti
INOCENCIA	Blanca Saavedra
MANOLO	Carlos Ramírez
PACHECO	Raúl Otto Burgos
MATUSALEN	Eduardo Osorio Morales
FIDELINO	Dr. Juan C. Osorio
CORONEL FEOLI	Gabriel Restrepo
PANTALEON	Leopoldo Valdivieso
ESGUERRITA	Luis Gáivez

Se presentó en el mismo año, y con el mismo elenco, en el Teatro Nacional de Caracas; y fue reestrenada en el Teatro de la Comedia de Bogotá en septiembre de 1963, con la misma Compañía Bogotana de Comedias y la cooperación de la actriz argentina Rosita Alonso Diego en el papel de Violeta y la doctora Ligia Luzuriaga, ecuatoriana, en el de Natacha.

La acción en Bogotá, en nuestra época

ACTO PRIMERO

Floristería. Al fondo vitrina y puerta sobre la calle. Puertas a derecha e izquierda. Muebles y objetos que formen ambiente...

Al levantarse el telón, VIOLETA arregla una canasta y NATACHA, su hermana mayor, lee con aire displicente.

VIOLETA. – Maruja... Maruja...

NATACHA. – Creo que salió.

VIOLETA. – Verdad, que la mandé a llevar unos regalos.

NATACHA. – ¿Qué quieres?

VIOLETA. – Más lana, y un pedazo de alambre.

NATACHA. – Aquí los tienes.

VIOLETA. – ¿Me ayudas a terminar esta canasta?

NATACHA. – Haré lo posible, .. ¡Aunque vivo tan lejos de las flores!

VIOLETA. – Al fin y al cabo, en eso vivimos y nos criamos... Mamá, florista. Nuestra abuela, también florista, ¡Cuándo han de poder más en ti los cuatro años que viviste con ese monstruo de Bernabé!

NATACHA. – ¿Monstruo? ... ¡No digas absurdo!! ¡Era un patriota!, y además, ¡todo un hombre!

VIOLETA. – Que fuera hombre no lo pongo en duda; porque la hombría se da la mano a menudo con la barbarie.

NATACHA. – Sí. Cuando las circunstancias obligan.

VIOLETA. – ¡Pero patriota!... ¿Dónde está el patriotismo de un individuo que por tanto tiempo se dedicó a sembrar el terror?

NATACHA. – A la humanidad no la dominan y le sirven sino quienes se hacen temer.

VIOLETA. – ¿Y para eso hay que ir dejando en todas partes sangre, cenizas y lágrimas?

NATACHA. – Cuando no hay más remedio...

VIOLETA. – No entiendo así la vida... Talvez porque acostumbrada a manejar flores, que al menor movimiento brusco se maltratan y deshojan, me parece imposible que el crimen pueda tener jamás una finalidad noble.

NATACHA. – ¿Y cómo usar guante blanco contra la hipocresía, el cinismo, la injusticia, el fraude, la arbitrariedad?...

VIOLETA. – ¡Uy, qué vocabulario!... A ese respecto lo único que sé de verdad es que el que a hierro mata a hierro muere... Por eso Bernabé, que mató a tanta gente, murió también asesinado.

NATACHA. – Porque lo mataron los mismos que lo habían echando por ese camino... ¡Lo mataron para que no hablara!

VIOLETA. – Peor por ahí.

NATACHA. – Y ahora ellos se lavan las manos y hablan de amor evangélico.

VIOLETA. – De los arrepentidos se vale Dios...

NATACHA. – ¡Pero su muerte no quedará impune... Sus amigos hemos de vengarlo!

VIOLETA. – ¿Por qué piensas ya en venganzas?... Si lo quisiste, está bien... No te lo reprocho... ¿Lo mataron? ... ¡Qué remedio!... Ese era su destino, y lo pasado pasado... Piensa ahora más bien en rehacer tu vida de otra manera.

NATACHA. – Ya es imposible.

VIOLETA. – ¿No tienes acaso el amor de Manolo?... Desde que lo dejaste plantado para irte con Bernabé, se habituó a venir aquí todos los días, fue un hermano para mí... Los dos vivíamos de tu recuerdo... Y ahora te quiere más que antes... Todo lo perdonas y todo lo olvida... ¿Qué más exiges?

NATACHA. – Que me acepten tal como soy... ¡Con mi pasado!... ¡Con mi carácter!... ¡Con mis rencores!

(Entra MANOLO de la calle con. un paquete debajo del brazo)

MANOLO. – Sobretodo con tus rencores... Cualquiera diría que naciste solo para odiar.

VIOLETA. – Eso veo.

NATACHA. – Y si así es, ¿qué vienes a hacer aquí entonces?

MANOLO. – Calma, calma... El mundo da vueltas... Las mujeres también...

VIOLETA. – Muy bien contestado... Ya está, pues, la canasta... ¿Qué tal quedó?...

MANOLO. – Bellísimas... ¡Ah!, si las almas fueran como las flores...

VIOLETA. – Por eso prefiero la floristería a la política... Maruja... Maruja... Y esa muchacha no viene... Iré a llevarlas yo misma...

MANOLO. – ¿Te acompañó?

VIOLETA. – No es necesario. Tomaré un taxi...

MANOLO. – **(A la puerta)** Allí hay uno. **(Al taxista)** Ya van...

VIOLETA. – **(Saliendo con la canasta)** Cuídenme aquí, por favor, mientras regreso...

(Sale VIOLETA por el fondo)

NATACHA. – ¿Qué noticias, Manolo?

MANOLO. – Malísimas.

NATACHA. – ¿Qué?.... ¿Apresaron al fin a los del asalto?

MANOLO. – Ojala fuera eso nada más.

NATACHA. – ¿Nos mataron otro compañero?

MANOLO. – Todos están sanos y salvos... aunque más merecerían la cárcel y la tumba.

NATACHA. – ¿No cumplen sus consignas?

MANOLO. – Sí; pero estúpidamente. Se emborrachan para echarle vivas a Bernabé y herir al primero que encuentren; matan gente inofensiva, sin son ni ton, como en los tiempos del desenfreno.

NATACHA. – ¿No será pesimismo tuyo?

MANOLO. – Reconozco que, en cuanto a pesimismo, el mío no tiene rival, ni puede ir más allá'

NATACHA. – ¿Por qué te afiliaste entonces al circulo terrorista?

MANOLO. – Por complacerte.

NATACHA. – Bien sabes que no se trata de un juego de niños.

MANOLO. – Pero sé también cuánto te quiero. . Me es imposible vivir sin ti; y no hemos de pasar toda la vida discutiendo puntos de vista. Como tú eres intransigente, me toca a mí ceder.

NATACHA. – Pero no es así como vas a servir eficazmente a nuestra causa.

MANOLO. – ¿Por qué no?

NATACHA. – Para imponer a los demás una minoría por medio del miedo, no basta el arrojo. Hay que tener también la convicción,

MANOLO. – Mi única convicción es la de que debo vivir a tu lado... Y aquí me tienes incondicionalmente...

NATACHA. – No basta. Hay que vivir convencido de que la humanidad sólo respeta al que teme.

MANOLO. – El temor de perderte es superior a todo... y como sé por otra parte que el mundo no se arregla ni por las malas ni por las buenas, lo mismo me da que me mandes a encender una vela a las ánimas que a volar una catedral.

NATACHA. – A propósito... ¿Qué hubo de las bombas?

MANOLO. – Las están poniendo en los sitios menos indicados.

NATACHA. – No importa... En cualquier lugar que sea, ayudan a sembrar el pánico y a desconcertar.

MANOLO. – Siendo así...

NATACHA. – ¿Y las que debían entregar hoy a la directiva?

MANOLO. – Aquí está la que hizo el compañero Estanislao...

NATACHA. – Esa era la más importante... ¿Y la del compañero Pinche?

MANOLO. – Dice que la hizo... Pero que se la robaron.

NATACHA. – ¿Y eso cómo?

MANOLO. – Que mientras jugaba tejo, la dejó entre el cajón de embolar, debajo de la ruana... Cuando fue a buscarla, ni la ruana ni el cajón.

NATACHA. – Sería algún espía.

MANOLO. – No había sino copartidarios... Pero él dice que le queda el consuelo de que el ratero va a creer que eso es de comer, y va a volar con ruana, cajón y todo.

NATACHA. – Nadie tiene conciencia revolucionaria, verdaderamente... ¡Nadie!. Ni noción de la responsabilidad.

MONOLO. – No lo dirás por mí... Yo estoy al día.

NATACHA. – ¿Trajiste el reloj despertador?

MANOLO. – Aquí lo tienes.

NATACHA. – ¿Funciona bien?

MANOLO. – Pruébalo, y verás.

NATACHA. – (*Ensaya la campana*)... Admirable.

MANOLO. – ¿Qué vas a hacer con él?

NATACHA. – Luego te explicaré... Por lo pronto, tráeme a mi cuarto una caja de cartón con bastante lama y una docena de orquídeas.

(Sale NATACHA por la derecha)

MANOLO. – Una caja de cartón,. . lama... orquídeas...

(Entra VIOLETA por el fondo)

VIOLETA. – Ya entregué la canasta, pues... Salimos de eso... Y tú, ¿Qué haces?

MANOLO. – Complacer a Natacha, que es desconcertante.

VIOLETA. – Siempre lo ha sido.

MANOLO. – Lo peor es que pienso romper con ella definitivamente, y... no, no puedo... Eso es superior a mis fuerzas... Antes que renunciar del todo a Natacha, me mataría...

VIOLETA. – Cállate... ¡Qué niño eres!... Ya te he dado el remedio para que ella congenie contigo... No le contradigas en nada... Llévale en todo la idea.

MANOLO. – Estoy siguiendo tu consejo al pie de la letra... con más precisión de lo que imaginas.

VIOLETA. – ¿Qué buscas?

MANOLO. – Orquídeas .

VIOLETA. – Aquí están... ¿Para quién son?

MANOLO. – Para Natacha.

VIOLETA. – No creo que con flores las ablandes.

MANOLO. – Me las pidió.

VIOLETA. – Qué raro.... ¿Estará volviendo ya sobre sus primeros pasos?

MANOLO. – Todo cabe en lo posible.

VIOLETA. – Llévaselas... Admirable me parece.

MANOLO. – ¿Qué vale la docena?

VIOLETA. – Para ti nada... No seas bobo... Y para ella, mucho menos.

(Sale MANOLO por la derecha con las flores)

(PACHECO aparece en la puerta del fondo)

PACHECO. – ¡Señorita!... ¿Muy florecidas hoy?

VIOLETA. – ¡Señor Pacheco!....

PACHECO. – Y usted... ¡Radiante!

VIOLETA. – Gracias... ¿Por qué no entra?

PACHECO. – Iba de paso, no?... Pero me detuve, como siempre, a mirarla...

VIOLETA. – ¡Qué amable!

PACHECO. – Es que sus ojos son para mí como una especie de medias nuevas espirituales...

VIOLETA. – Siga y se las toma... Antes de que se enfríen...

PACHECO. – Donde hay sol no hay frío, señorita Violeta... Y donde hay dos soles, menos...

VIOLETA. – ¡Qué poético!... ¡Qué tal si hablara en verso!

PACHECO. – Ahí donde me ve, no los hago tan mal... Eso dicen al menos los que me los han oído leer... Y anoche comencé unos para usted.

VIOLETA. – ¡Dígamelos!

PACHECO. – Pues... más bien se lo traigo escritos...

VIOLETA. – ¡Qué dicha!

PACHECO. – Aunque echarte flores a usted es, como dicen, una redundancia...

VIOLETA. – No crea... Lo que abunda no daña...

(Entra NATACHA)

NATACHA. – ¡Uy!... ¡La autoridad!... ¿Viene Por Violeta?

PACHECO. – No, señorita Natacha.

NATACHA. – Entonces... ¿por mí? ...

PACHECO. – Tampoco, señorita Natacha... ¡Qué ocurrencia!

NATACHA. – Pero está tan solemne, que cualquiera diría que lo han puesto a perseguir terroristas.

PACHECO. – Sí quedan algunos... Y andamos buscándolos... Pero no aquí, señorita Natacha. ¿Cómo se le ocurre?

NATACHA. – Siga entonces, y nos hace una visita.

PACHECO. – Voy a cumplir mi comisión aquí a la vuelta y a comprar unos cigarrillos, y vuelvo.

NATACHA. – No eche la oferta en saco roto.

PACHECO. – Ya verá que no, señorita Natacha... Ya verá que no.

(Sale **PACHECO por el fondo**)

VIOLETA. – ¡Siquiera llegó... Es lo único que te divierte.

NATACHA. – ¡Y tanto!

VIOLETA. – Aunque no te comprendo... Al Pobre Manolo que te esperó tantos años, que todo lo perdoná, que te idolatra, lo tratas a la baqueta...

NATACHA. – No tanto...

VIOLETA. – Viene en cambio Pacheco a hacerme la corte... Porque parece que al asunto es conmigo... Y saltas a quitármelo... (**Riendo**) Si me gustara el hombre, ya estaríamos de pelea.

NATACHA. – Como sé que no te gusta, me divierto con él... Me cae tan en gracia verlo con esa cara de ángel, buscando. conspiradores...

VIOLETA. – ¿O es que te gusta atormentar al pobre Manolo?... ¡Por qué hay gente así!

NATACHA. – ¡Desagradecida! Te lo espanto, y protestas.

VIOLETA. – Ponte a jugar con fuego... a ver si te fugas otra vez...

NATACHA. – (**Carcajeándose**) Maravilloso, que después de haber sido la mujer de Bernabé, el rey del terror, acabara mis días en brazos de un hombre seráfico...

VIOLETA. – ¡Sh!

(**Regresa PACHECO**)

PACHECO. – He cumplido mi palabra.

NATACHA. – De usted no podía esperarse menos.

PACHECO. – Y eso que tengo los minutos contados.

NATACHA. – ¿Por qué? ... Cuéntenos... Cuéntenos.

PACHECO. – Me quedan como tres comisiones todavía para hoy.

NATACHA. – ¿Y en qué anda?

PACHECO. – Imagínese: buscando bombas.

VIOLETA. – ¿Bombas?... ¡Qué miedo!

PACHECO. – Hay gentes que no se conforman con que el país viva en paz... y les ha dado ahora por ahí.

NATACHA. – Ilusiones... Aquí no saben hacer sino bombas de jabón.

PACHECO. – No crean ustedes que es broma. Son bombas explosivas auténticas... ¡Vi estallar una!

NATACHA. – ¿Y no le pasó nada?

PACHECO. – Por suerte... y hay que andar con cuidado, porque las están poniendo en los sitios más raros, y donde uno menos piensa: en la puerta de un cabaret, en un confesionario, en un cajón de embolar, en la estatua del sabio Caldas...

VIOLETA. – Incomprensible...

PACHECO. – Y lo peor es que siguen estallando bombas y bombas y bombas, sin que se logre descubrir quien las hace ni para qué las hace.

NATACHA. – ¿No será algún chistoso?...

PACHECO. – Sea como sea, no hay mal que por bien no venga; porque gracias a las bombas me han puesto a vigilar este barrio y tengo el gusto de verlas a ustedes todos los días.

NATACHA. – Ojalá que sigan entonces los atentados...

PACHECO. – (*Tratando de abrazarla*) ¿Le ayudo, señorita Violeta?

VIOLETA. – Pero no se me acerque tanto... Puede que le hayan puesto una bomba en el bolsillo, y volemos juntos.

PACHECO. – (*A NATACHA*) ¿Cómo es de esquiva, no?

NATACHA. – Venga acá, Pacheco. Yo no le tengo miedo... Venga acá, le pongo esta flor en el ojal.

PACHECO. – Muy honrada, señorita Natacha.

NATACHA. – ¡Qué bien le queda!...

PACHECO. – Como cosa suya.

NATACHA. – Ahora escójame una a mí.

PACHECO. – Con todo gusto, (*se la da*)

NATACHA. – (*Poniéndosela en el cabello*) ¿Estará bien así? ...O arréglemela usted.

PACHECO. – Encantado, señorita Natacha.

NATACHA. – Quedamos como para volar juntos...

PACHECO. – Si usted lo ordena...

NATACHA. – ¿Me convida entonces a cine esta noche?

PACHECO. – Con cuento gusto, señorita Natacha...

(*Entra MANOLO, receloso*)

MONOLO. – Oye, Natacha... (*Se sorprende y da un paso atrás*)

NATACHA. – ¿No se conocen?... Es el señor Pacheco, de la secretaria... ¡Cuídate!... Es Manolo, un amigo de infancia... ¡Como hermano nuestro!

PACHECO. – Muchísimo gusto... Juan Nepomuceno Pacheco para servirle en todo lo que mande... En los Barrios Unidos del Sur me tiene muy a la orden... Una casita muy modesta que pongo a su disposición enteramente, ¿no?... con todo lo que hay dentro, aunque no es mucho... Incluyendo mí persona...

MANOLO. – Muchas gracias.

PACHECO. – Y me voy... Pero no porque usted llegue, sino porque ya me estaba despidiendo hacía rato.

NATACHA. – Lo espero entonces a las nueve... Usted escoge la película.

PACHECO. – Y si el señor quiere acompañarnos... y la señorita Violeta... yo le pido prestada la placa a un compañero, para que entremos todos de gorra.

VIOLETA. – Gracias, Pacheco... Pero ahora no puedo trasnochar... ¿No se si Manolo?...

MANOLO. – Gracias; pero tengo mucho recargo de trabajo...

PACHECO. – Yo también; y sin embargo ya ve... Y en todo caso, lo que sobra es la buena voluntad... y hasta luego, no?...

(*VIOLETA sale riendo hacia el interior y PAHECO hacia la calle, muy reverencioso*)

MANOLO. – ¿Quién es ese tipo?

NATACHA.-Uno de los que están persiguiendo ahora a los nuestros.

MANOLO. – ¿No más?

NATACHA. – ¿Te parece poco?

MANOLO. – Pero es la segunda vez que te encuentro en confidencias con él... Canjeando claveles... Y ahora van a salir juntos.

NATACHA. – ¿Celos?... ¡No seas ridículo!

MANOLO. – ¿Te estás dejando, en serio, galantear de ese individuo?

NATACHA. – En serio, sí.

MANOLO. – ¿Sabiendo que es de la secreta?

NATACHA. – Precisamente por eso...

MANOLO. – No te entiendo, Natacha...

NATACHA. – Nunca dejarás de ver las cosas con mentalidad infantil.

MANOLO. – No, no me creas tan niño...

NATACHA. – ¿No sabes que le han puesto a vigilar el barrio?

MANOLO. – ¿Y qué?

NATACHA. – Que podrían dar con el depósito de explosivos.

MANOLO. – ¡Eres tú quien está demasiado explosiva!

NATACHA. – ¿No comprendes que es preciso vigilarlo de cerca, conocer sus planes... Y hasta eliminarlo en caso necesario sin comprometerlos.

MANOLO. – Que haga eso la quinta columna; pero no la mujer que yo quiero.

NATACHA. – Lo que hay en realidad es que tú me consideras una mujer cualquiera y reaccionas como un hombre cualquiera.

MANOLO. – Lo que hay en realidad es que has sido y serás siempre una coqueta.

NATACHA. – Tu concepto es tan pueril, que no me commueve... ¡Qué diferencia con Bernabé!... Cuando se presentaba una ocasión de estas, era él más bien quien me daba el capote antes de entrar con el cuchillo.

MANOLO. – Entonces Bernabé, a más de un asesino y un incendiario, era un...

NATACHA. – ¡Un gran hombre, te repito!... y no toquemos más ese punto.

MANOLO. – Eres tú quien lo ha tocado ahora.

NATACHA. – Pero criatura: ¿no sabes que el amor es el lado flaco de la humanidad en todas partes, y que debemos sacarle partido en beneficio de nuestros principios?... ¿No sabes que es un arma más poderosa que los cañones y los "bombarderos"? ¿Que con él se han derrocado tronos, se han cambiado gobiernos, se han hecho las más interesantes revoluciones de la historia?

MANOLO. – Que las hagan otras mujeres, pero tú no... Y mientras seas mi novia...

NATACHA. – Dejaré entonces de ser tu novia... Hasta que entres en razón.

MANOLO. – Esta vez eres tú quien debe entrar en razón.

NATACHA. – Te acobardas por muy poca cosa.

MANOLO. – ¿Acobardarme?... Dime a quién hay que matar, y lo mataré.

NATACHA. – Vayamos con calma... Posiblemente al mismo Pacheco.

MANOLO. – No me asusta un homicidio si se trata de complacerte... Por ti haré lo que sea... Desafiaré la cárcel, la muerte... Pero con la frente muy alta... ¿Me entiendes?... ¡Con la frente muy alta.... Y muy limpia!

NATACHA. – Con esos prejuicios absurdos, no has debido hacerte terrorista.

MANOLO. – Dejaré de serlo entonces.

NATACHA. – Lo malo es que ya no puedes echar pie atrás.

MANOLO. – ¿Por qué no?

NATACHA. – El que entra a nuestro círculo, solo puede salir de él por la puerta del cementerio.

MANOLO. – Serás tú entonces quien salgas por ahí... Te lo juro... Si das en este asunto un solo paso adelante,

NATACHA. – Eres un ridículo, repito.

MANOLO. – Y tú una cínica.

(**Entra VIOLETA**)

VIOLETA. – ¿Qué es esto?... Hace un momento se estaban prodigando flores... ¿Y ahora impropertos?

NATACHA. – ¡Manolo es muy testarudo!

(**Sale NATACHA por la derecha**)

MANOLO. – ¡Y Natacha incorregible!

(**Sale MANOLO tras NATACHA**)

VIOLETA. – Son como niños, a pesar de todo.

(**Suena el teléfono**)

¿A ver?... Si, Floristería Granada... Las orquídeas se están acabando... Ay, perdón,, señora... No le reconocía la voz... ¿Y necesita muchas?... Se las consigo de cualquier manera, no se preocupe... ¿Manda usted por ellas o se las envío?... ¡Ahí son para el recital de esta noche en Colón a beneficio de los niños huérfanos!... Ya habían encargado otras flores para allá... Permítame un momento, señora. Voy a apuntar para que no se me olvide... Lista... ¿Cómo es la dedicatoria? ... Los huérfanitos, a sus benefactoras... Repito: los huérfanitos.... A sus benefactoras... Descuide, señora... Allá llegará eso a su debido tiempo, como de costumbre... Siempre a sus órdenes... (**Cuelga**) Y ahora, ¿cómo haré?

(**Entra PAZ por el fondo... Es un apetitoso y bien trajeado ejemplar de clase media**)

PAZ. – ¡Señorita Violeta!

VIOLETA. – ¡Señorita Paz!... Mire en las que me encuentra: esta canasta es para usted.

PAZ. – ¿De quien?

VIOLETA. – Del coronel Feoli.

PAZ. – ¡Es divertidísimo el coronel!... Ayer estuvimos en vespertina por primera vez, y hoy me convidó ya a la circunvalación.

VIOLETA. – Va a marchas forzadas, por lo visto.

PAZ. – ¡Es fiera!

VIOLETA – Me dijo que le pusiera ¡ lo mejor de lo mejor! Sin reparar en precio.

PAZ. – Ponga lo que menos se marchite, y se lo devuelvo mañana para que le saque todavía más utilidad.

VIOLETA. – ¡Qué amable!

PAZ. – Y le voy a mandar también veinticuatro cajas de celofán que me están haciendo estorbo.

VIOLETA. – Se las sabré agradecer... Pero dígame: ¿cómo hace para gustarles tanto a los militares?

PAZ- Fue asunto casual. Asistí hace años a una conferencia sobre la fisonomía civil de la república, y allá me presentaron un cadete. Cuando le dije que me llamaba Paz, me hizo un chiste: — Creí que mi destino era de guerra, y ahora veo que es de paz... Y de democracia... .

VIOLETA. – Y usted le hizo justicia...

PAZ. – Y hasta le permití cierta libertad...

VIOLETA. – ¡Qué opina!

PAZ. – Me invitó a la Escuela Militar a unas empanadas bailables, y allí conocí un teniente simpatiquísimo que me invitó al casino de oficiales y me relacionó con su capitán... El capitán me presentó a un mayor... y como los años no pasan en balde, he ido haciendo, sin sentirlo, casi todo el escalafón.

VIOLETA. – Eso veo... Ya va en los coroneles.

PAZ. – Pero Feoli no está ya en servicio.

VIOLETA. – ¡Ah, no!...

PAZ. – Le dieron de baja por indisciplinado.

VIOLETA. – Ande entonces con cautela.

PAZ. – El dice sin embargo que en nada faltó a la disciplina... ni le interesa revolucionar nada distinto del corazón femenino.

VIOLETA. – Temible entonces...

PAZ. – Por fortuna yo sé mucha estrategia.

VIOLETA. Dígame: y el señor Matus, el que le manda orquídeas, ¿es también militar retirado?

PAZ. – ¡Ay, no me hable de Matus!

VIOLETA. – Pero es el más asiduo en enviarle flores.

PAZ. – Veinticuatro cajas, ya le dije.

VIOLETA. – ¿Como mayorcito para usted?

PAZ. – ¡Lo llaman Matusalén!

VIOLETA. – No es apodo... Son sus dos apellidos: Matus Alén

PAZ. – Pero le quedan a pedir de boca.

VIOLETA. – ¿Y él sí piensa en serio?

PAZ. – Dice que quiere hablar con papá,

VIOLETA. – Y allí viene... Mírelo...

PAZ. – Me estaba espiando... No tiene otro oficio.

VIOLETA. – ¿Va desperdiciar esa oportunidad?... Dicen que es hombre muy bueno... Y que tiene su pasar.

PAZ. – ¡Pero tan viejo!

VIOLETA. – No crea. Esos tipos maduros tienen también su venenete... Y hasta su amanío... ¡Y cuándo ha de ser que le dure toda la vida!

PAZ. – Eso dice mamá... Pero... No sé... Si me resultan en serio también los dos apellidos y me dura novecientos años...

(Entra MATUS, un sesentón de paraguas, bigotes teñidos y media, calabaza, todo cortesía)

MATUS. – **(Fingiendo que no ha visto a Paz)** Muy buenos días... Usted siempre, señorita Violeta, fiel a su nombre: con su jardín madrugador, no?... Dígame una cosa: ¿ya le llegaron las orquídeas?

VIOLETA. – Se las tengo apartadas.

MATUS. – **(Descubriendo a PAZ)** ¡Oh, pero qué encuentro tan agradable! ¿A qué debo ese placer?

PAZ. – Vine a buscar flores para un cumpleaños.

MATUS. – ¡Aja! ¡Muy cumplida con sus amistades! ¡Me gusta! ¡Aplaudo! ... Escoja, escoja lo que le guste... Señorita Violeta: atiéndamela por cuenta

mía, como usted sabe muy bien hacerlo.

VIOLETA. – Con mucho gusto... ¿Qué desea entonces?

PAZ. – ¡Ay, muchas gracias!... ¡Qué gentil!... No se moleste.

MATUS. – No es molestia... En lo más mínimo.

PAZ. – Entonces... Voy y vuelvo...

MATUS. – ¿Se va?... Pero usted es como las nubes: fugitiva.

PAZ. – Ya es hora de estar en la casa... Si llego tarde me regañan...

MATUS. – ¡También puntual y sumisa! ¡Un cofre de virtudes!

VIOLETA. – Eso sí...

MATUS. – Iré a verla entonces esta noche, como convinimos.

PAZ. – Sí, sí...

MATUS. – Pero en tanto... ¿por qué no me saca de la duda?

PAZ. – A la noche hablamos... Con papá y mamá.

MATUS. – ¿No merezco ahora un misericordioso anticipo?... ¿Por qué me deja todo el día en capilla? (**le toma la mano**)

PAZ. – (**Evadiéndose suavemente**) Es que... si no llego pronto mamá se enfurece.

MATUS. – ¡Qué remedio entonces!... Esperaré hasta la noche... Pero iré resuelto a ganar la batalla.

PAZ. – Convenido...

(Sale PAZ por el fondo cambiando con VIOLETA miradas de inteligencia)

VIOLETA. – ¿Una batalla?... Veo, señor Matus, que lo están militarizando.

MATUS. – ¿A mí?... ¡Dios me libre, señorita Violeta! Aunque admiro a los militares, nací para algo muy distinto. No sé ni echar un cohete. ¡Con decirle que les tengo miedo a los triquitraques!

VIOLETA. – ¿Tanto así?

MATUS. – Soy civil ciento por ciento... Cuando veo un rifle. Me parece que el cañón ha de ser elástico para volverse contra mí... Y ahora.... No me lo creerá.

Desde que andan con el jueguito ese de las bombas, no tengo vida.

VIOLETA. – ¿Por qué? ... ¿Teme que un enemigo? ...

MATUS. – No tengo enemigos, a Dios gracias; pero... Como este es el país de las equivocaciones... Cada vez que me llega un paquete, tiemblo al abrirlo.

VIOLETA. – ¿Por qué se enamora entonces de una muchacha de armas tomar?

MATUS. – ¿Lo dice usted por lo mucho que la atienden y cortejan los multares?.... Eso no me preocupa. Por el contrario: Mejor que la entrenen y orienten.

VIOLETA. – ¡Uy!

MATUS. – No crea que hablo en broma... ¿Quienes, sino los multares son los que le han dado a este país una fisonomía civil?...

VIOLETA. – ¡Primera noticia!

MATUS. – Recapacite y verá... ¿Quién nos dio la independencia? ... Mi general Bolívar ¿Quién nos dio las leyes?... Mi general Santander... ¿Quién libertó los esclavos?... Mi general López, a quien le gustaban también los retos democráticos... ¿Quién empezó el Capitolio? Mi general Mosquera... ¿Quién inventó la paridad política?... Mi general Reyes... ¿Quién hizo más ferrocarriles, aunque nos costaran un ojo de la cara?... Mi general Ospina... ¿Quién le puso los cuernos a la violencia? Ni para qué hablar más... Y falta ver lo que seguirá...

VIOLETA. – Ande con cuidado sin embargo, no sea que les confíe la Paz, y no se la devuelvan.

MATUS. – Seguro estoy de que cuando haya terminado el servicio militar, se dedicará tranquilamente a la vida civil.

(Se oye una explosión)

YIOLETA. – ¡María Santísima!

MATUS. – ¡Inmaculada concepción de María!

VIOLETA. – (**Yendo a la puerta de la calle**) ¡Qué susto!

MATUS. – ¿Dónde estalló?

VIOLETA. – En la esquina.

MATUS. – ¿Una bomba?

VIOLETA. – No... Una llanta de camión.

MATUS. – Francamente, no hay derecho a que lo tengan a uno en semejante estado... ¡Tan tranquilo que vivía este país antes de que vinieran los terroristas!

VIOLETA. – Confórmese pensando que antes era peor... No podíamos ni ir a misa con tranquilidad, porque ponían bombas en los coros de las iglesias.

MATUS. – Me da saltos el corazón, como si fuera a romperme el pecho.

VIOLETA. – ¿Quiere tomar algo?

MATUS. – No se moleste... Es que, como tengo la tensión arterial tan alta, cualquier contrariedad me la pone al galope... Y las sienes tratan de estallarme... Hay veces que me desvanezco... En fin... Ya va pasando... Y volviendo a las orquídeas, para no hablar de cosas desagradables... ¿Las escogió bien?

VIOLETA. – ¿Le gusta esta caja? (**toma una igual a la que se llevó MANOLO**)

MATUS. – Eso lo dejo a su gusto... A él me atengo y sé que estoy en buenas manos.

VIOLETA. – Gracias, gracias...

MATUS. – ¡Aquí está mi tarjeta... Y debajo de las flores, en forma que se note, le pone esta cartica... ¿Quiere que se la lea, a ver qué opina?

VIOLETA. – Léala, si es su gusto.

MATUS. – Es una pequeña alusión al coronel retirado que la persigue ahora con no muy buenas intenciones...

VIOLETA. – ¡Ah, comprendo!

MATUS. – (**Leyendo**) El hombre con quien andas no es leal, no te estima, y aspira a, perderte... Vuélvele la espalda y ven a mis brazos, que yo en cambio te ofrezco mi vida entera... Tuyo hasta la muerte, Matus Alén... ¿Cómo le parece?... ¿Convincente?

VIOLETA. – ¡En asuntos amorosos es tan difícil opinar!... Si usted cree que eso conviene...

MATUS. – ¡Usted siempre compresiva!... Hasta luego entonces... Ahí queda la carta, con la tarjeta... Y me envía la cuentecita cuando quiera... Las dos: lo mío, y lo de ella... ¿O le pago de una vez?

VIOLETA. – No hay afán.

MATUS. – ¡Confiada por añadidura!... ¡El colmo de la gentileza!... Sólo falta que tenga buena mano...

VIOLETA. – Ojalá.

MATUS. – Mañana vendré a contarte... Hasta luego, hasta luego...

VIOLETA. – Venga cuando quiera...

(Sale MATUS para la calle)

(*Violeta, arreglando la caja de orquídeas y escribiendo la primera tarjeta*)
Maruja... Maruja... ¿y no llega esa mujer todavía?

(Entra MANOLO)

MANOLO. – ¿Qué quieres?

VIOLETA. – Te molesto otra vez para que me cudes la floristería.

MANOLO. – ¿Tienes que salir?

VIOLETA. – A ver si consigo unas orquídeas que me hacen falta.

MANOLO. – Voy yo si quieres....

VIOLETA. – A ti te engañan... Quiero también buscar a la sirvienta ... Le pasó lo del cuervo del diluvio.

(Sale VIOLETA por el fondo y entra NATACHA por la derecha)

NATACHA. – Ya quedó esto listo, pues.

MANOLO. – ¿De qué se trata?

NATACHA. – En apariencia, de unas orquídeas, entre una caja de celofán...

MANOLO. – Eso veo.

NATACHA. – ¿No notas nada entre la lama?

MANOLO. – No...

NATACHA. – Ahí van escondidos el despertador y la bomba que hizo el compañero Estanislao.

MANOLO. – ¿Con qué objeto?

NATACHA. – ¿No comprendes?... Se trata de la célebre bomba de tiempo... Estallará en la hora precisa que yo he marcado.

MANOLO. – ¿Dónde?

NATACHA. – Hay una gran oportunidad.

MANOLO. – ¿Cuál?

NATACHA. – La función de esta noche en el Colón a beneficio de los huérfanos... Asistirán todos los que en Bogotá presumen de importantes, porque les han vendido las boletas a la fuerza.... A las nueve y media de la noche se levantará el telón... Cinco minutos después, a las nueve y treinta y cinco, estallará esta bomba, que haremos llegar a manos de las organizadoras en esta caja de orquídeas.

MANOLO. – Ahora sí entiendo...

NATACHA. – Volarán todos los organismos ejecutivos, el poder judicial, los directores de todos los periódicos, los micrófonos de todas las emisoras, el capítulo metropolitano, la Anac, la Cec, la Andi, la Fenalco, las directivas bancarias, la Federación de Cafeteros, la G2 y el cuerpo diplomático.

MANOLO. – ¡Brutal

NATACHA. – Vengaremos la muerte de Bernabé y obtendremos nuestro dominio sobre esta tierra, para que el miedo siga abriéndose paso. .

MANOLO. – ¿No estarás haciéndote ilusiones?

NATACHA. – Sólo falta ver cómo hacemos llegar esa bomba al teatro,

MANOLO. – Si ese es el único problema, yo lo resuelvo.

NATACHA. – ¿De qué manera?

MANOLO. – Lo haré sin orquídeas ni cajas de cartón, para no correr el riesgo de que el peso de la caja haga entrar en malicia a los porteros, y fracase un nuevo atentado.

NATACHA. – ¿Cuál es tu idea?

MANOLO. – Como nunca estaremos de acuerdo, y sin tí la vida no me importa, me sacrifico a la causa del terrorismo... Iré yo mismo con la bomba en el bolsillo y la haré estallar en el momento preciso.

NATACHA. – No. Estas cosas hay que hacerlas con serenidad, y no con despecho.

MANOLO. – ¿Qué importa el móvil si se logra el propósito?

(Entra VIOLETA con paquetes)

VIOLETA. – ¿Siguen peleando?... Háganme un gran favor entonces, por lo que

más quieran.

NATACHA. – ¿Cuál será?

MANOLO. – ¿Qué deseas?

VIOLETA. – Se acabaron en Bogotá las orquídeas, y me comprometí a entregar unas para la fiesta de hoy en el Colón... Para el palco de las organizadoras... ¿Quieren devolverme esas?

NATACHA. – Claro que sí.

VIOLETA. – Hasta lista tengo la leyendo, que por cierto me parece un poco cursi... "Los huérfanitos; a sus benefactoras".

NATACHA. – Dámela... Yo mismo se la pongo...

VIOLETA. – En cuanto llegue Maruja, que lleve esas dos cajas... Una al Colón, y la otra aquí a la vuelta, a casa de la señorita Paz...

NATACHA. – Muy bien... Muy bien...

(Sale **VIOLETA por la derecha**)

NATACHA. – ¡Providencial!

MANOLO. – Pero peligroso para Violeta,

NATACHA. – ¿Peligroso por qué?... La bomba no puede estallar antes de la hora precisa. Si estalla, nadie sabrá de donde salió. Si no estalla, nada habrá sucedido... La echarán a la basura, creyendo que es un tronco que se fue entre la lama.

MANOLO. – Eres optimista... Es mejor ir a lo seguro... Deja que ya me sacrifique.

NATACHA. – ¡He dicho que no!

MANOLO. – Prefieres sacrificar a tu hermana, que ignora todas estas cosas y te ha dado aquí tan cariñosa hospitalidad.

NATACHA. – El deber no reconoce parentescos.

MANOLO. – ¿Te crees en el deber de salvar mi vida?

NATACHA. – Como la de cualquier compañero.

MANOLO. – ¡Mentira!... ¡Lo que sucede es que... me quieras.

NATACHA. – (Saliendo) Déjate de sentimentalismos.

MANOLO. – ¿A dónde vas?

NATACHA. – A vigilar a Pacheco.

MANOLO. – ¡Te la prohíbo!

NATACHA. – ¿Con qué derecho?

MANOLO. – Si das un paso más hacia la calle, estrello esta bomba contra el suelo... Y en vez de acabar con la plana mayor del país, acaba contigo y conmigo...

NATACHA. – Atrévete...

MANOLO. – Vas a ver...

NATACHA. – ¡Manolo!... ¡Cuidado!... ¡No!

MANOLO. – ¡Antes de que pisés la acera, habremos volado juntos ... Como en San Mateo!

NATACHA. – Presta esa acá... No seas idiota... (*Le raja la caja*)... Eso ya no es terrorismo, sino locura.

(*Regresa VIOLETA*)

VIOLETA. – ¿Sigue la molestia?

NATACHA.—Por el contrario... Aquí deja listas tus orquídeas (*Toma a MANOLO del brazo*) Ven, Manolo, conmigo... transemos esa por las buenas... Deja esa cara tan agria... Ven a conseguirme otras flores.

(*Salen NATACHA y MANOLO por el fondo*)

VIOLETA. – (*Arreglando las dos cajas*) Tan pronto alegan... tan pronto se contentan... ¡Son como niños!...

TELON

ACTO SEGUNDO

Sala modesta en casa de PAZ. Balcón a la derecha y puertas al foro y a la izquierda. En escena, RUPA, la mamá; MARINA, la sirvienta y DON FIDELINO.

MARINA. – (*Entrando con una botella*) Ya está otra botella, don Fidelino.

FIDELINO. – (*Observando la botella*) ¡Mira, Rupa, qué pureza. (*Prueba*) ¡Muy bien, Marina! Ya aprendiste a echarle el anís... Ahora sí voy a aumentarte el sueldo,

MARINA. – Gracias, don Fidelino.

FIDELINO. – Pero no dejes solo el alambique. Ve a vigilarlo.

RUPA. – ¿Falta mucho, Marina?

MARINA. – No señora. Unas dos botellas, nada más.

(*Sale MARINA*)

FIDELINO. – ¿Quieres probar?

RUPA. – Yo no.

FIDELINO. – ¡Está exquisito! ¡Qué comparación con el aguardiente oficial!

(*Golpean en la puerta*)

RUPA. – (*Alarmada*) ¡Golpean!

FIDELINO. – No.... Fue Marina, al cerrar la puerta secreta del sacatín.

RUPA. – Vivo en ascuas desde que te dedicaste al contrabando de aguardiente... Cada vez que llega alguien, me parece que es la policía... Y además, estamos en manos de esa sirvienta. Si ella se disgusta por cualquier cosa y se le antoja denunciarte...

FIDELINO. – Imagínate siempre lo peor, dalo por hecho, y así se te calmarán los nervios.

RUPA. – ¡Sí, admirable! ¡Que nos metieran noventa días en la cárcel!

FIDELINO. – Todo, todo es tolerable a condición de no volver a ser empleado público, y remar por cuenta propia. El día que me quitaron el último puesto, el vigésimo quinto de la lista, faltándome tan sólo dos semanas para la jubilación, hice firme propósito de no volver a servirle al Gobierno... y hasta ahora no nos hemos muerto de hambre. ¡Por el contrario!

RUPA.-Es verdad; pero...

FIDELINO. – Hoy estamos haciendo el cuádruplo del mejor sueldo que tuve.

RUPA. – Prefiero de todos modos la tranquilidad.

FIDELINO. – ¡Bonita tranquilidad! Estar siempre pendiente de que cambien un ministro, o de que tenga el jefe de sección un amigo para colocar, o de que venga un plan de economías, o una política bien sectaria. ¡Ahí sí es cierto que se vive en ascuas! ¡Viendo a toda hora la boca del lobo!... Prefiero la perspectiva de la cárcel. Allá al menos dan de comer... y al fin y al cabo, esto no es un delito.

RUPA. – Pero si pudieras dedicarte a otra cosa de menos peligro...

FIDELINO. – ¿Pero a qué? ¿A qué?... ¿A tumbar monte para que nos trague el paludismo y baje el café cuando venga la primera cosecha?... Y aun eso necesita respaldo, y no tenemos todavía sobre qué caernos muertos... Pero de aquí saldrá, de aquí saldrá... Ni los cafuches hacen una bebida tan exquisita. ¡Y fíjate que no doy abasto para atender los pedidos!

RUPA. – ¡Ay Dios mío! ¿Dónde estará el papel de Armenia?

FIDELINO. – ¿Para qué?

RUPA. – Pero, ¿dónde tienes las narices? ... ¿No sientes el olor a alambique?... Trasciende hasta la calle... (*Prende el papel*)... Y dicen que los guardas de la renta se orientan, como los perros de cacería, por el olfato.

(*Golpear*)

FIDELINO. – ¡Ahora sí es en la puerta de la calle!

RUPA. – ¡Esconde esa botella!

FIDELINO. – Asómate a ver quién es.

RUPA. – (**Asomándose al balcón**) Una muchacha con flores.

FIDELINO. – ¿Más flores?... Con todas las que le mandan a esa niña los militares, podríamos poner floristería... ¡Ahí está el otro negocio que buscas, en vez de tantos viajecitos a San Andrés.

RUPA. – ¡Marina!... ¡Marina!... ¡El portón!

MARINA. – (**Atravesando la escena**) Voy, mi señora... Ya no sé a qué lado atender.

RUPA. – Y esa niña nunca está aquí para recibir la que le mandan.

FIDELINO. – ¿No ha llegado todavía?... ¡Si van a ser las nueve!

RUPA. – Como se va todas las tardes para vespertina. , . ¡Y quién le dice nada!

(*Entra MARINA, con una caja de orquídeas*)

MARINA. – Que estas flores de parte del señor Matus.

RUPA. – Déjalas ahí.

MARINA. – ¿Y qué digo?

RUPA. – ¿De qué?

MARINA. – Que están esperando.

FIDELINO. – ¿Esperando qué?

MARINA. – Que le den algo, será...

RUPA. – Dale... las gracias.

FIDELINO. – Sí, que está muy bonito.

RUPA. – ¡Qué atrevimiento!

FIDELINO. – Creen que la propina es obligación... Y si tuviéramos que darla por cada regalito que traen, a dónde nos llegaba el agua!

MARINA. – (**Que ha salido y regresa**) Se fue haciendo mala cara...

FIDELINO. – ¿No digo?

RUPA. – (**A MARINA**) A lo tuyo, pues.

MARINA. – Ya voy a acabar.

(**Sale MARINA hacia el interior**)

FIDELINO. – ¿Quién es ese tal Matus?... ¿Otro Militar?

RUPA. – No, el señor ese que dicen que es tan rico, y que va a venir hoy por primera vez.

FIDELINO. – ¡Ah! ¡El viejito de la media calabaza y los bigotes teñidos!

RUPA. – ¿Pero sabes que con todo y eso no me disgusta?... Se ve buena persona... Y piensa en serio.

FIDELINO. – En esas cosas que haga ella la que se le antoje, como siempre. Lo mismo me da un Matusalén que un niño de pecho... ¿Qué saqué con oponerme la otra vez y aconsejarla? ¡Que se casó a escondidas!... Y salió lo que yo le dije: ese hombre la molió a palos y desapareció. Y ahora ella no sabe si es viuda, o soltera o qué.

RUPA. – Si Matus te habla, no vayas a contarle nada de eso... Como al fin y al cabo el otro desapareció sin dejar rastro, se le puede echar tierra al asunto. . ¡Y como nadie lo sabe!

FIDELINO. – ¡Iré yo a meterme de nuevo en tales enredos! Yo con Paz me di por vencido... Si ese próximo quiere hablar con alguien, que se entienda contigo, o con la Oficina de Rehabilitación.

RUPA. – (*Observando la caja de orquídeas*). Pero... ¡Mira qué dedicatoria tan rara!

FIDELINO. – ¿Qué dice?

RUPA. – Los huerfanitos a sus benefactoras.

FIDELINO. – No entiendo.

RUPA. – Yo tampoco... ¿Será alguna equivocación?

FIDELINO. – Sea lo que sea, deja eso así.

RUPA. – ¡Ay!, ¡Casi se me cae! ¡Me he vuelto tan manifloja!...

FIDELINO. – En todo caso no estaría mal que esa chica sentara el pie, aunque fuera con el tal sujeto... ¡Estoy de charreteras hasta aquí! (**Se toca la frente**)

(*Golpean*)

RUPA. – (*Al balcón*). ¡Pacheco! ¡El policía secreto! ¡Ay, Dios mío!

FIDELINO. – ¿Y qué? ¿Por que te alarmas?

RUPA. – ¡Suspende!...

FIDELINO. – ¡Pero deja esos nervios! Suponte que vinieran a ponernos presos. ¿Y qué? Yo para la Modelo y tú para el Buen Pastor; ¡Y Paz, en tanto, a sus anchas! Merezco esas vacaciones, después de veinte años de conflictos domésticos.

(*Sale FIDELINO hacia el interior, PACHECO entra por el fondo*).

PACHECO. – ¿Le caigo en mala hora?

RUPA. – ¡Ave María! ¡Qué va a llegar usted nunca a deshoras! Ya sabe que aquí lo recibimos siempre con gran cariño, como en su propia casa.

PACHECO. – Gracias, gracias, misiá Rupita...

RUPA. – ¿Y qué trae de nuevo?

PACHECO. – Lo de siempre, ¿no? y que esta noche me hizo el jefe del detectivismo una mala jugada. Tenía yo el gran entronque para ir a cine; y a última hora tuve que venir a prestar servicio nocturno en este sector.

RUPA. – ¿Con quién se iba a cine?.... ¿Con Violeta?... Por lo visto eso va viento en popa.

PACHECO. – Supiera, misiá Rupita, que me está pasando algo curiosísimo. A mí me gusta mucho Violeta... Y creo que es una mujer como... Como para casarme con ella, ¿no cree usted también?

RUPA. – ¡Claro! Es buena, trabajadora, y hasta con sus centavitos guardados.

PACHECO. – Pero entro allá a buscarla, y la que embiste es la otra.

RUPA. – ¡Cuidado, que ese niña ha dado mucho de qué hablar!

PACHECO. – Pero es simpatiquísima, sabe?

RUPA. – ¡Ya va a cambiar de idea!, ¿no digo?... ¡Después de todos los primores que le he hablado de usted a la otra. Para animarla!

RUPA. – ¡No me salga ahora con el cuento de que le gustan ambas!

PACHECO. – Pues... ¿en todo caso estoy en un disparadero, no?

RUPA. – Deje entonces que ruede la bola, a ver a donde llega.

PACHECO. – ¿Será, no?

RUPA. – ¿Le provoca algo?... ¿Un cafecito?... ¿un?...

PACHECO. – ¿Tiene contrabando, como el del otro día?

RUPA. – (**Maliciosa**). Si... (**Trae botella y copa**).

PACHECO. – Eso sí me entusiasma... Oiga, misiá Rupita: cuando pase por aquí el que se lo vende, pídale dos botellas para mí... Tome la plata de una vez... Si quiere déme ahora media, y después se la cobra por la derecha; porque con este frío, y en la calle hasta la madrugada...

RUPA. – Llévese toda la botella entonces.

PACHECO. – (**Probando**). No sé qué será; pero el cafuche sabe mejor que el aguardiente oficial. O lo hacen de otro modo. O es que la libertad pega en el paladar.

RUPA. – ¿Quiere que le preste un vasito?

PACHECO. – Así está bien... (**Se guarda la botella en el bolsillo de atrás**). Qué bonitas flores le han mandado a la señorita!... ¡Los huermanos a sus beneficiarias!... ¡Ah, es a usted también!... ¡Claro, siendo hoy la fiesta de los huérfanos y siendo usted tan caritativa!... Y me voy, pues, a cumplir con mi deber.

RUPA. – Yo le mando más tarde un cafecito para que se caliente.

PACHECO. – Gracias, gracias, misiá Rupita... Yo creo que con esto llevo ya bastantes calorías... Todas a su salud...

RUPA. – Ajuste al salir... Y vuelva, vuelva pronto...

(Sale **PACHECO por el fondo**).

RUPA. – ¡Fidelino!... ¡Fidelino!

(**Entra FIDELINO en mangas de camisa**).

FIDELINO. – ¿Qué fue?

RUPA. – ¡A Pacheco lo han puesto a vigilar esta calle!... Y entró a pedirme cafuche, mirándolo todo!... ¿Nos habrán denunciado?

FIDELINO. – ¡Me exaspera tu ignorancia!... ¿Cuándo acabarás de entender la manera como funciona el Estado?

RUPA. – ¿De qué estado hablas?

FIDELINO. – ¿No comprendes que Pacheco es agente nacional, y no departamental?

RUPA. – ¿No da lo mismo una cosa que otra?

FIDELINO. – No seas torpe... La policía nacional persigue el delito sin que le importe el licor; y la departamental persigue el licor sin que le importe el delito... ¿Has entendido?

RUPA. – No del todo... Lo único que entiendo bien es que es horrible vivir en este sobresalto.

FIDELINO. – Por hoy ya terminé... ¡Veinticuatro botellas!... ¿Cuándo nos habíamos ganado cuarenta y ocho pesos diarios?... ¡Porque ya está todo vendido!

RUPA. – (**Al balcón**)... ¿La puerta otra vez? ¡Ah, es Paz!...

FIDELINO. – ¿Con el tal Matus?

RUPA. – Con el coronel.... Y estoy cansada de decirte que eso no le conviene.

FIDELINO. – ¿Y para qué se lo dices?, ¡Ya sabes que ella tiene espíritu de contradicción.

(Salen RUPA y FIDELINO por la izquierda. Por el fondo entran PAZ y FEOLI)

PAZ. – Siga, siga, coronel.

FEOLI. – ¿No será intempestiva la hora?

PAZ. – Aquí se vive fuera del tiempo.

FEOLI. – Las nueve y cuarto ya.

PAZ.. – Pero no se vaya sin tomar algo. ¿Quiere lo.... De ayer?

FEOLI. – ¡Formidable idea!

PAZ. – Marina: dos copitas... Si, de lo mismo.

FEOLI. – ¿Dónde consigue usted eso?

PAZ. – ¡Secreto de Estado!

FEOLI. – Es mi debilidad, ¿sabe?... ¡El contrabando!... Pero no el de armas, como injustamente me lo atribuyeron... En mi rinconcito de soltero tengo una colección estupenda... Don Félix de Antioquia, marrasquino de Santander, pichón del Cauca, espumoso del Tolima, ron viejo de Caldas... Me gozo burlando las fronteras departamentales, que con tanto celo de tenderos vigilan su negocito de botellería.

PAZ. – ¡Cómo es de perverso!

FEOLI – Y gozo más todavía pensando que esa disciplina es la que forma la mentalidad de nuestros estadistas antes de que pasen a un campo de acción más amplio.

PAZ. – ¡Usted siempre tan origina!!

(Entra MARINA con las copas servidas).

FEOLI. – **(Paladeando).** Exquisito... **(Mira a la CRIADA)**... Cuando pase por aquí el distribuidor, mándemela con dos o tres botellitas...

PAZ. – Con mucho gusto.

(MARINA se retira).

FEOLI. – Y ahora, ¿será marchar?

PAZ. – ¡Ay, se me olvidaba! ¡Gracias por la canasta! ¡Lindísima!

FEOLI. – ¿Mañana nos vemos?

PAZ. – Si usted quiere...

FEOLI. – ¡No he de querer!.... La espero en el carro, donde mismo, a las seis en punto.

PAZ. – Ya está.

FEOLI—Cambiaremos el programa... Archivamos la circunvalación y vamos un rato a mi refugio... Para que conozca el barcito nacional... Y hacemos un cóctel...

PAZ. – Me da miedo.

FEOLI. – ¿A usted. Paz, que es toda audacia?

PAZ. – El audaz es usted...

FEOLI. – Lo fui... Ahora soy hombre de confianza... Y sobretodo... ¡De Paz! (*Acercándosele*). Lucharé por la paz... moriré por la paz...

PAZ. – ¡Ay! ¿Cuándo dejarán el chistecito ese de la paz?

FEOLI. – (*Tratando de besarla*). Cuando ella sea menos esquiva...

PAZ. – ¡Cuidado! ¡Nos ve Marina!...

FEOLI. – (*Saliendo*). Entonces... Mañana a las seis en punto...

PAZ. – Si. si...

(*Sale FEOLI por el fondo. Mientras PAZ le hace señal por el balcón, entra RUPA por la izquierda*).

RUPA. – ¿Sabes qué horas son?

PAZ. – No sé, mamá... Ni me interesa.

RUPA. – ¡Las nueve y veinte!... ¡Y esa comida helada!

PAZ. – No tengo hambre.

RUPA. – ¡Claro! Te habrás hartado de golosinas, andando con ese señor para arriba y para abajo. Te va a ver el otro, que sí piensa en serio, y...

PAZ. – ¡Que me vea! ¿Qué importa?

RUPA. – Francamente, eres loca.

PAZ. – (*Altanera*). ¡Está bien! ¡Déjame en paz!

RUPA. – No se te puede ni hablar... Mira: el señor Matus te mandó esas flores.

PAZ. – Ya lo sabía.

RUPA. – Lo que no entiendo es la dedicatoria.

PAZ. – (*Leyendo*), ...Yo tampoco,

RUPA. – ¿Será equivocación?

PAZ. – No creo... Esas son las flores que él manda siempre.

RUPA. – ¡Al fin doy!... ¡Pues claro!... Los huerfanitos a sus benefactoras. ¡Claro!

PAZ. – ¿Qué quiere decir eso?

RUPA. – Pues hija, que es viudo.

PAZ. – ¡Primera noticia!

RUPA. – Y como piensa tan en serio, nos manda esta vez flores a las dos en nombre de los hijos... ¡Fíjate qué delicado!

PAZ. – ¿Sabes que eso no me gusta nada, nada, nada?

RUPA. – ¿La viudez?

PAZ. – No. Los hijos ajenos.

RUPA. – A mí tampoco me entusiasma.

PAZ. – ¿por qué no me lo habría dicho?

RUPA. – No se atrevía, quizá... Resolvió insinuarlo en esta forma.

PAZ. – Cuando venga, dile que no he llegado... o que estoy enferma.

RUPA. – ¿Ahora me vas a echar el muerto a mí?

PAZ. – (*Irónica*). Como las flores son para ambas.

RUPA. – ¡Yo qué flores.... Sal tú como puedas del atolladero.

PAZ. – Si yo lo aceptara al fin y al cabo, sería para lograr un poco de tranquilidad, y hasta una firma responsable... Pero eso de tener que ir a lavar pañales... !Que busque más bien una nodriza!

RUPA. – ¡Ahí está!... ¡Se bajó del taxi.... Marina, Marina: abre el portón.

MARINA. – (**Atravesando la escena**). ¿Otra vez el portón?... Ni que fuera casa cural!

PAZ. – Atiéndelo tú y quítamelo de encima... Yo voy a acostarme...

RUPA. – ¡No faltaba más!... Pero no seas precipitada... Espera a ver de qué se trata.

(**Sale RUPA por la izquierda y entra MATUS por el fondo**).

MATUS. – Buenas, muy buenas noches... No dirá usted que no soy puntual; las nueve y media... Las están dando en el reloj de la iglesia, y en el mío falta apenas un minuto,

PAZ. – Siéntese, señor Matus.

MATUS. – Gracias, gracias... Aunque sobra lo de señor... Wenceslao a secas. . Pero... ¿La noto como contrariada?...

PAZ. – No.

MATUS. – Me lo imagino... Es cansancio... Muy natural... Y la atmósfera, que está cargada .. Yo tampoco me siento muy bien. " . ¿Recibió sus orquídeas?

PAZ. – Muy agradecida.

MATUS. – Para usted todo. . Mi vida... Mi nombre... Quiero que lo más pronto posible sea mi esposa... y expresarles ahora mismo ese anhelo a su papá y a su mamá... ¿Están ahí?

PAZ. – Tranquilícese, Modere sus ímpetus... Siéntese.

MATUS. – Mi gran ilusión, como se lo decía en mi carta, es ponerla al margen de situaciones dudosas... Fundar con usted un hogar... Consagrármelos en cuerpo y alma. .

PAZ. – Antes de que usted hable con papá y mamá, quisiera que conversáramos respecto a...

MATUS. – A que?... ¿A qué?... Listo estoy a complacerla.

PAZ. – A su pasado.

MATUS.- ¡mi pasado!.... ¡Muy gracioso!... ¡Supiera usted que soy un hombre sin pasado, a pesar de mis años!

PAZ. – Pero... Pero... En fin; no me había dicho usted que era viudo.

MATUS. – (**Sorprendido**). ¿Viudo yo?... (**Ríe**). ¡Soltero empedernido! ¡Hasta que la conocí a usted.

PAZ. – Entonces... De una vez por todas: ¿qué es el cuento de los huerfanitos?

MATUS. – (**Estupefacto**). ¿Se enteró usted?

PAZ. – ¡Ni torpe que fuera!

MATUS. – Pues... ya que me habla de eso.... Supiera que esa es mi única flaqueza... ¡Los pobrecitos!

PAZ. – Cuántos son?

MATUS. – ¡Doce!

PAZ. – ¿Una docena?... ¿Suyos?

MATUS. – Algunos, sí... Los demás, como si lo fueran.

PAZ. – ¿Y viven con usted?

MATUS. – Todos, si... Como la casa es tan grande...

PAZ. – Comprendo... La mamá acaba de morir...

MATUS. – Todas han muerto...

PAZ. – Ah, son varias mamas...

MATUS. – Sí...

PAZ. . – Y yo debo reemplazarlas...

MATUS. – Tanto allá no; pero siendo tan grande su corazón, yo espero que...

PAZ. – No lo crea... Mi corazón es pequeño. . Usted se ha equivocado, señor Matus... Anda en busca de una esposa, y lo que necesita es la administradora de un orfelinato.

MATUS. – Pero todo eso podríamos arreglarlo a su gusto... Creo que su mamá, que es tan buena, no se negará a aliviarnos en parte la carga,... Todo tiene su solución.

PAZ. – Hay una solución.

MATUS . – ¿Cuál? ... ¿Cuál? ...

PAZ. – (**Dándole el sombrero**). Que se acueste usted temprano, señor Matus, porque su vida es preciosa. Si le da pulmonía par la trasnochada, les hará falta a los huérfanitos.

MATUS. – ¿Es así como usted responde a mi cariño, a mi sinceridad, a mi nobleza?... Escúcheme, Paz...

PAZ. – Creo que hemos hablado en exceso.

MATUS. – Si usted me desprecia, creo que yo no lo resistiría... La quiero tanto, que sin usted la vida no tendría ya para mí ninguna importancia. , . Sería capaz hasta de...

PAZ. – ¿De suicidarse?

MATUS. – ¿Cómo sabe usted que no?

PAZ. – Recójase temprano, señor Matus... Y lléveles sus flores a los huérfanitos en mi nombre.

MATUS. – Si no las quiere, hay maneras más cultas para rechazarlas.

PAZ. – Si. ¡Tirándolas por la ventan!! (**Tira las flores a la calle**).

MATUS. – Paz: ¡no sea cruel!... Si usted me rechaza de esa manera, me deja en tal estado de desconcierto y desilusión que... que podría ser fatal.

PAZ. – ¡Marina!

(**Entra MARINA**).

MARINA. – ¿Señorita?

PAZ. – El señor Matus se va... Salga a cerrar el portón.

(**Sale MATUS en gran desconcierto, conducido por MARINA... Entra RUPA**).

RUPA. – ¿Qué pasó, hija? ¿Qué pasó?

PAZ. – Que estabas en lo cierto... No es viudo, pero tiene una docena de hijos adoptivos.

RUPA. – ¡Demasiado!

PAZ. – Y quería que nosotras, que tú y yo, le ayudáramos a llevar la carga.

RUPA. – ¡San Pablo bendito... ¡Hiciste bien en mandarlo a paseo!

PAZ. – ¿A paseo?... ¡A perderse!

(*Detonación violenta*).

RUPA. – ¡Uy!

PAZ. – (*Aterrada*). ¿Un disparo?

RUPA. – Sí... Mira cómo se amontona la gente.

PAZ. – ¡Se mató, mamá!... ¡Se mató!

RUPA. – ¿Cómo lo sabes?

PAZ. – Me lo dio a entender.

RUPA. – ¡Jesús Credo! ¡En qué líos nos has metido! ¡Otra imprudencia!

PAZ. – ¡Mamá! ¡Mamacita!.. ¿Qué hago? ...

RUPA. – Para que veas, que con el amor no se juega,

(*Entra PACHECO con ESGUERRITA y otros POLICIAS SECRETOS, conduciendo a MARINA, Por la otra puerta aparece FIDELINO con botellas de aguardiente en las manos*).

FIDELINO. – ¿Qué pasó?... ¿Qué pasó?... ¿Qué sonó?

PACHECO. — (*Apuntándole*). ¡Manos arriba!... ¡Manos arriba todo el mundo! ¡Están descubiertos!

FIDELINO. – (*Levanta las botellas en alto*)

RUPA. – ¿No te lo dije, Fidelino?... ¡Luego no soy tan torpe!

PACHECO. – ¡Silencio!... ¡Todo el mundo incomunicado! ¡Nadie le hable a nadie, o disparo... (*A los DETECTIVES*). ¡Cada persona en su habitación y estricta vigilancia!

(*Los DETECTIVES llevan al interior a la FAMILIA y a la CRIADA*).

PACHECO. – (*A ESGUERRITA*). ¿Hubo herido?

ESGUERRITA. – Creo que no, ala.

PACHECO. . – ¿Y el muerto?

ESGUERRITA. – Creo que no está muerto.

PACHECO. – Bien. Vamos ante todo a poner a esta gente en confesión. Traigan a la sirvienta.

(Los DETECTIVES traen a MARINA, que solloza).

PACHECO. – Bueno: deje las lágrimas. ¡A confesarlo todo, si no quiere sufrir las más graves consecuencias!... ¿Dónde fabrican eso?

MARINA. – Aquí mismo... ¡Pero yo qué culpa!

PACHECO. – ¿Por qué no había informado a la policía?

MARINA. – ¿Y porqué les iba yo a hacer ese mal a los señores, también y todo?

PACHECO. – Reconoce entonces su complicidad?

MARINA. . – ¿Y ustedes también no se hacían de la vista gorda?

PACHECO. – Eso sería en el régimen anterior... Ahora es distinto.

MARINA. – ¡Y yo qué iba a saber!

PACHECO. – ¿Quién fabrica eso?

MARINA. – Entre don Fidelino y yo.

PACHECO. – ¿Y usted dónde aprendió?... ¿Aquí?

MARINA. – No... En el campo... ¿Y como allá no hacen tanto escándalo?

PACHECO. – ¡Que horror! ¡Este país va al desastre!

MARINA. – También es que les da por prohibir cosas que no tienen nada de malo.

PACHECO. – ¡Miren a la mosca muerta! ¡Defendiendo la impunidad!

MARINA. – Pero...

PACHECO. – ¡Silencio!... ¿Cuántas han fabricado hoy?

MARINA. —Veinticuatro nada más.

PACHECO. – ¿Veinticuatro? ... ¿En un solo día.... ¡Monstruoso!

ESGUEHRITA. – En aquella habitación hay más de veinte cajas como la que

tiraron por el balcón.

PACHECO. – ¡Cuidado!... ¡Que nadie se acerque ahí.... ¡Estamos minados!... Guarden las armas de fuego y utilicemos más bien las armas blancas.

MARINA. – (**Rabiosa**). ¡Que me suelte!

PACHECO. – ¡Que siga incomunicada, hasta que diga dónde está la fábrica rural. ¡Traigan a la señora!

(**Los DETECTIVES sacan a MARINA hecha un mar de lágrimas y traen a RUPA.**)

PACHECO. – Señora: es inútil fingir. La sirvienta lo ha confesado todo.

RUPA. – Si le había dicho yo a Fidelino: que confiar en una sirvienta era como poner avisos.

PACHECO. – De suerte que usted también confiesa el delito...

RUPA. – Señor Pachequito... Óigame, por favor... Usted tiene buen corazón, señor Pachequito...

PACHECO. – En este momento, señora, no soy Pacheco, sino un agente del orden público que debe cumplir su cometido. ¿Confiesa usted, o no, el delito de su mando.

RUPA. – ¿Y qué quiere que él haga? ... ¿No ve que le quitaron el puesto para dárselo a un amigo del Ministro?

PACHECO. – ¿Cree usted que ese simple hecho autoriza para atentar así contra la salud pública?

RUPA. – ¡Eh! ¡Si tampoco es tan grave como para que hagan tanto escándalo! ¡Hasta dicen que eso es saludable cuando no se abusa!

PACHECO. – ¡Para colmo, cree que se trata de un juego de niños!...

RUPA. – Tanto como de niños no; pero si fuera contra la salud, no la llevarían ustedes mismos entre el bolsillo.

PACHECO. – ¿Yo?... Cuidado, de veras, no vai nos hagan una mala jugada... Vigílenla bien y traigan a la señorita.

RUPA. – (**Saliendo**). ¡Pero se lo advertí a Fidelino! Se lo advertí!

(**Los DETECTIVES sacan a RUPA y traen a PAZ.**)

PACHECO. – Señorita Paz: ¿sabe usted quién tiró un paquete por la ventana de

esta casa?

PAZ. – Lo tiré yo.

PACHECO. – ¿Qué contenía el paquete?

PAZ. —Unas flores,

PACHECO. – ¿Oyó usted en seguida una explosión?

PAZ. – Sí.

PACHECO. – ¿Y se dio usted cuenta de que el Jefe de Impuestos, que salía de su casa en ese momento, estuvo a punto de ir a dar a las nubes?

PAZ. – ¿A hacerles compañía a los impuestos?

PACHECO. – Dejemos las bromitas. Y sepa que la sirvienta de la casa, y su misma señora madre, se han declarado ya confesas.

PAZ. – ¿Confesas; de qué?

PACHECO. – De lo que su papá está fabricando.

PAZ. – Lo descubrieron?... ¡Pobre!... (*Ríe*)... Pero, ¿qué tengo yo que ver con eso?

PACHECO. – Pronto se pondrá todo en claro... (*A los DETECTIVES*)... Introduzcan al transeúnte, si no ha muerto.

(*Traen a MATUS, desmayado*).

PACHECO. – ¿Tiene contusiones?

ESGTJERRITA. – Parece que no, ala... Está apenas desmayado... o se hace el desmayado... (*Sacudiéndolo*) ¡Hola!... ¿Qué hubo?... ¡Arriba!

PACHECO. – (*A PAZ*) ¿Conoce usted a este señor?

PAZ. – (*Festiva*) ¡Como no! ¡Matusalén!

PACHECO. – ¿Qué hacía en su casa Matusalén?

PAZ. – Vino a traerme las flores que tiré por la ventana.

PACHECO. – ¡Muy original!... ¡Muy verosímil... Se va poniendo el asunto en claro... ¿No despierta?

ESGUERRITA. – Por más que lo pincho con este alfiler.

PACHECO. – Pínchalo más duro, a ver si el desmayo es ficticio.

ESGUERRITAI. – (*Lo pincha*).

MATUS. – ¡Ay!... ¡Acabé con la Paz!... ¡No habrá Paz para mí!... (*Furioso*)... ¡Pero tampoco para nadie!... (*Ronca*).

ESGUERRITA. – ¡Fíjate qué clase de pájaro hemos cazado!

PACHECO. – (*A PAZ*), Antes de que entrara a su casa este señor, ¿quién salió de aquí?

PAZ. – Si lo sabe, ¿para qué pregunta?

PACHECO. – (*Enérgico*) ¿Quién salió de aquí, señorita Paz, antes de que este señor entrara?

PAZ. – ¡Ay, no moleste más... ¡El coronel Feoli!... ¿Es delito también tener dos enamorados?

PACHECO. – ¿Y no sabia usted que él está tildado de conspirador?

PAZ. – Ni lo sabia ni me interesa.

PACHECO. – Eso vamos a verlo ahora mismo... Tráiganlo a él también. ¡Pronto!

(*Salen dos DETECTIVES en busca de FEOLI*)

MATUS. – (*Desperezándose*). ¡Ay!... (*Sorprendido*). Pero... ¿Cómo? ... ¡Oh! señor Pacheco!... ¿Y esto qué es? ... (*Recapacita*)... A mi me ha pasado algo, ¿no es cierto?

PACHECO. – (*Irónico*). Un desmayo muy oportuno, según parece.

MATUS. – Ah, si!... ¡Un desmayo!... ¡Ya!... ¡Tan agradecido con ustedes!... (*A PAZ*)... ¡Y con usted!... ¡Ah, si!... Yo salía... Cómo no... Y de pronto... ¡Pum!... ¡Cómo no!... ¡Ya recuerdo... Un disparo... Y no sé de nada más.

PACHECO. – Bien sabe usted que no fue un disparo.

MATUS. – ¡Ah, no?... Yo salía tan perturbado, que pude hasta imaginar que...

PACHECO. – ¡bien sabe usted que fue una bomba!

MATUS. – ¡No diga!... ¿Una bomba?... ¡Mire lo que son los presentimientos!... ¡Me salvé entonces por milagro!... ¡Pero ya no hay seguridad en ninguna parte!

PACHECO. – El asunto es más grave dé lo que usted supone, señor Matus, para

que ahora trate de fingir...

MATUS. – ¿Fingir yo?

PACHECO. – Usted, como todos los demás, queda incomunicado hasta nueva orden... Pueden llevarse a la señorita.

(Los DETECTIVES sacan a PAZ, que frunce los hombros)

PACHECO. – Señor Matus: la autoridad que represento necesita saber la verdad absoluta y completa sobre su presencia en esta casa... Lo contrario podría perjudicarlo más de lo que sospecha.

MATUS. – Le diré con toda franqueza: vine a pedir la mano de la señorita Paz.

PACHECO. – Y le trajo flores... ¡Cómo no!...

MATUS. – Veo que usted está muy bien enterado.

PACHECO. – Y ella las tiró por la ventana.

MATUS. – ¡Exacto! y me echó de la casa.

PACHECO. – ¡Cómo no! ¡Por miedo al matrimonio! ¡Un caso de excepción!

MATUS. – No, señor. Por miedo a los niños.

PACHECO. – ¿Miedo a los niños con usted?

ESGUERRITA. – ¿Con usted?

MATUS. – ¡Auténtico!

PACHECO. – No está usted ya en edad para esos aciertos... Invente otra clase de mentiras.

MATUS. – No es broma... Cuando ella supo que yo tenía doce hijos, en su mayoría adoptivos, se enfureció, tiró las flores y me puso en la puerta.

PACHECO. – Eso ya es más verosímil.

MATUS. – Salí tan perturbado, que casi me caigo en la escalera... Ese debe ser el estado de ánimo que predispone al suicidio... Llegué hasta a imaginar el cuadro; que tenía un revólver en la mano, que me lo ponía en la sien... ¡Y es curioso! En el momento en que yo fingía apretar el gatillo, con la mano en la cabeza, sonó una detonación... Vi oscuro... Y nada más... Nada más... ¡Ah sí!... Entre gallos y media noche, me parecía estar discutiendo con un panal de abejas... Posiblemente me inyectaron algo para hacerme reaccionar... Porque me duele la región glútea.

PACHECO. – Es posible que usted haya sido simple instrumento del atentado; pero...

MATUS. – ¿Atentado? ... ¿Cuál atentado?

PACHECO. – ¡Aquí funciona un centro terrorista, señor Matus!

MATUS. – ¿Un centro terrorista?... ¿Aquí?... (**Busca la puerta afanosamente**). ¡Hasta luego, señor Pacheco!

ESGUERRITA. – (**Cerrándole el paso**). ¡Alto!

PACHECO. —Usted queda por el momento detenido.

MATUS. – ¿Aquí? ... No... ¡Eso sí que no!

PACHECO. – Al menos mientras requisamos su domicilio.

MATUS. – Pues vamos para allá... Vamos en seguida... Todo lo que usted quiera, menos permanecer aquí y que de pronto estalle otra bomba... o todo el arsenal...

PACHECO. – Llévenlo, pues; pero muy vigilado.

ESGUERRITA. – ¿Le ponemos esposas?

PACHECO. – Pues si en verdad vino a buscar una, que se vaya con dos para que así escarmiente mejor.

MATUS. – (**Dejándose esposar**). ¡En las que se mete uno sin saber cómo!

(**Sale MATUS entre DETECTIVES**)

PACHECO.-Que pase ahora don Fidelino.

(**Traen a FIDELINO**).

PACHECO. – Don Fidelino: evitemos rodeos. Su mujer, su hija y su sirvienta lo han denunciado todo.

FIDELINO. – (**Impasible**). ¡Mujeres habían de ser!

PACHECO. – ¿Usted también se declara confeso?

FIDELINOP. – Pues... ¡Qué remedio!

PACHECO. – ¿Reconoce usted que está guerreando contra el Estado?

FIDELINO. – Pero en forma muy modesta.

PACHECO. – ¡Bonita modestia!.... Casi mata usted al jefe de impuestos.

FIDELINO. – Exageraciones... ¡Como hay gentes que dan un traspié y creen que están pisando la tumba!

PACHECO. – Con ese criterio, pretenderá usted que den un traspiés toda las autoridades, y que volvamos al antiguo orden de cosas...

FIDELINO. – ¿Y no dicen que hasta iba a haber un decreto autorizando la libre producción?

PACHECO. – Si de algo se trata ahora es de combatirla.

FIDELINO. – ¿Y para qué tanta palabrería? ... Ya sé que me tocan noventa días de cárcel, Pues empecemos ya... Vamos contando desde el día de hoy, para salir más aprisa.

PACHECO. – ¿Noventa días?... ¡Qué optimismo!... Agradezca por lo pronto que no se le aplica la ley de fuga.

FIDELINO. – (*Desconcertado*) ¿Eh?...

PACHECO. – Prepárese a sufrir la pena máximo: veinte años.

FIDELINO. – ¿Desde cuándo aumentaron tanto?... No sabía yo... También es verdad que con esta nueva costumbre de los decretos-leyes, no sabe uno nunca a qué atenerse.

PACHECO. – Pues aténgase a la realidad, si se estaba haciendo ilusiones.

FIDELINO. – (*Energúmeno*) ¡Pero es absurdo! Cuando fui servidor público, me sitiaron por hambre. Ahora que luchó contra el hambre, me llevan a la cárcel... Pues no quedará más remedio que el terrorismo... ¡Viva el terrorismo!... ¡Viva el atentado persona! ¡Viva la bomba de hidrógeno!

PACHECO. – ¡Respete a la autoridad!

FIDELINO. – ¡Voy a hacerlo!... ¡Tirándoles a la cabeza todo el fruto de mi trabajo!... ¡Toda la producción del día!... ¡Ahora verán!... ¡Ahora verán!...

PACHECO. – ¡Sujétenlo!... ¡Sujétenlo!....

FIDELINO. – (*Saliendo entre DETECTIVES*) ¡Viva la destrucción del género humano!

PACHECO. – ¡Casi nada era lo que aquí estaban planeando...y el autor intelectual de todo esto tiene que ser el coronel Feoli!... ¿Dónde está el coronel?

ESGUERRITA. – Ya llegó.

PACHECO. – Introdúzcanlo.

(*Traen a FEOLI, que sonríe*)

FEOLI. – Bueno: ¿Y qué significa esto?

PACHECO. – Es inútil el disimulo esta vez, coronel.

FEOLI. – ¡Hola, Pachequito!

PACHECO. – ¡Pacheco, a solas y a secas!

FEOLI. – ¿Olvidas que fui yo quien te levantó el puesto?

PACHECO. – Eso no tiene por qué inmiscuirse en el cumplimiento del deber,

FEOLI. – ¿Pero qué pasa?... ¿Para qué me traen acá?.... ¿Cuál es ahora el pretexto para detenerme?

PACHECO. – Coronel: no es un secreto su actual tentativa.

FEOLI. – ¿Contra quien?

PACHECO. – ¡Contra la Paz!

FEOLI. – (*Burlón*) ¡Ah!... ¿Por ahí es ahora el cuento? ... Me lo imaginaba,

PACHECO. – Lo han denunciado los mismos dueños de esta casa.

FEOLI. – ¿Con que esas tenemos?... ¡Gracioso!.... ¿Y qué se me exige?

PACHECO. – ¿Confiesa usted que está perturbando a... la Paz?

FEOLI. – He hecho al menos lo posible... pero ella es tan escurridiza...

PACHECO. – ¿Asume usted entonces la responsabilidad que le corresponde?

FEOLI. – Pues en cuanto a responsabilidad, si la tengo, anda muy diluida; porque no soy yo solo.

PACHECO. – ¿Quién más?

FEOLI. – A mí me trajo aquí un mayor del ejército que conocía muy bien el patio.

PACHECO. – ¿Hay entonces miembros del ejército de por medio?

FEOLI. – ¡Uf!... De todas las armas.

PACHECO. – No puede ser cierto.

FEOLI. – Pues, que yo sepa, diez de infantería, quince de artillería, y casi toda la oficialidad de caballería,

PACHECO. – ¿Y la aviación?

FEOLI. – Allá no se habla de otra cosa... Allá el que no corre vuela...

PACHECO. – ¿Y la Marina?... ¿Y la Marina?

FEOLI. – (*Mirando hacia el interior*) ¿Cuál Marina?

PACHECO. – ¡Cuál ha de ser! ¡Sino nuestra Marina!

FEOLI. – ¡Ah!... Esa es cuento aparte. , Ella tiene sus líos por separado con la policía nacional... Hasta usted, Pachequito, como acaba de confesarlo, andará ahí metido...

PACHECO. – ¡No faltaba más!... Según veo, pues, la Paz está en grave peligro.

FEOLI. – No, no, no... Ahí qué peligro ni que nada... Es un caso perdido.

PACHECO. – (*Telefoneando*) Eso es lo que usted cree... ¿Detectivismo?... Habla el 13-J-54... Pacheco, si... Manden más gente... ¡Pronto! ¡He cogido la víbora por la cabeza!

FEOLI. – ¡Por lo visto, ahora sí habrá Paz para todos!

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto. En escena, MANOLO y NATACHA

MANOLO. – (*Leyendo le periódico*) Fracaso... Fracaso rotundo... En toda la línea.

NATACHA. – ¿Cómo lo sabes?

MANOLO. – Oye lo que dice el periódico... Oye en lo que se ha convertido esa bomba mortal, que iba a dar comienzo a una nueva era en este país y en el resto del mundo... (*Ríe*)

NATACHA. – ¡Pero no te rías!

MANOLO. – ¿No he de reírme, si estamos en ridículo?

NATACHA. – ¿Por qué?

MANOLO. – Oye... Atentado pintoresco... Anoche estalló otra bomba frente a la casa donde vive el jefe de impuestos; pero de tan escaso poder, que ni bajaron los impuestos, ni hubo más avería que unos rasguños en la pared de la fachada.

NATACHA.-No sé qué le está pasando al compañero Estanislao... Cuando no se equivoca en los ingredientes, se equivoca en la dosis.

MANOLO. – Ese es un defecto muy colombiano. Aquí no sabemos dosificar nada. O nos da miedo, o se nos va la mano.

NATACHA. – Esta vez hay que sancionarlo severamente...

MANOLO. – Entérate de todo primero... (**Leyendo**) La policía secreta, que pocos segundos antes vio caer de un balcón una caja de flores, trató de localizar allí el centro terrorista, y halló un sacatín clandestino... Diose entonces traspaso del delito a los guardas de Cundinamarca, quienes decomisaron un alambique marca G-2, y veinticuatro botellas de explosivo alcohólico que estaban como para chuparse los dedos... Los peligrosos asaltantes del tesoro departamental, don Fidelino Patacoa, señora y criada, fueron conducidos a prisión, donde se les aplicará la pena ritual de noventa días.

NATACHA. . – No sigas... No me interesa. , .

MANOLO. – Debieras enterarte, para que te convenzas de que no solo hemos fracasado, sino que estamos perdiendo el tiempo lastimosamente.

NATACHA. – No seré yo quien desmaye ante pequeños tropiezos.

MANOLO. – ¿Pequeño te parece? ... La bomba mal hecha, el sitio equivocado, y Violeta sospechando la verdad.

NATACHA. – Ya sé, que debo irme de aquí.

MANOLO. – ¿Para dónde?

NATACHA. – Trasladaré a Venezuela el centro de operaciones... Y lo haré hoy mismo.

MANOLO. – Allá tú.

NATACHA. – ¿Vienes conmigo?

MANOLO. – ¿A hacer el ridículo en otra parte? , .. ¡No, hija!... Mi terrorismo, que no nació por convicción, sino por condescendencia, se está ahogando en risa.

NATACHA. – ¿Pretendes desertar?

MANOLO. – Sí... Quedo a la orden del compañero Pinche para que me ultime; porque creo que es él quien tiene el negocio de matar enemigos, a tanto por cabeza...

NATACHA. – Con los traidores lo hace de balde.

MANOLO. – No me harán, en todo caso, un entierro de pobre...

NATACHA. – ¡Vas a ver que sí!

MANOLO. – ¡Ilusa!...

(Sale NATACHA) (Entra VIOLETA)

VIOLETA. – Manolo...

MANOLO. – ¿Qué deseas?

VIOLETA. – Tenía una cruel sospecha... Y ahora estoy segura.

MANOLO. – ¿De qué?

VIOLETA. – En este cuento de las bombas, Natacha está comprometida.

MANOLO. – ¿Por qué?

VIOLETA. – La que estalló anoche, salió de aquí... En la caja de flores que tiraron por un balcón... Salió de aquí, de manos de mi hermana... Debía hacer explosión en el festival y la llevaron equivocadamente a otra parte.

MANOLO. – Estás en lo cierto, Violeta.

VIOLETA. – ¡Tú lo sabias!

MANOLO. – Sí... y te confieso algo más... Pretendí hacerla estallar yo mismo.

VIOLETA. – ¿Cómo?

MANOLO. – Aspiré a suicidarme de esa manera, para ponerle fin a tanto conflicto, y evitarle complicaciones.

VIOLETA. – ¿Estabas entonces muy al corriente de lo que iba a suceder?

MANOLO. – Sí... Como miembro que soy... Que era... Del grupo terrorista que Natacha dirige.

VIOLETA. – ¿Tú?... Inconcebible.

MANOLO. – ¡Y por culpa tuya!

VIOLETA. – ¿Mía? ... ¿Por qué?

MANOLO. – ¿No me dijiste que le llevara en todo la idea?

VIOLETA. – Pero no hasta ese punto... ¡Qué iba yo a suponer!

MANOLO. – Tampoco creí yo llegar a tal extremo... Pero la obsesión de Natacha no es sólo locura, sino enfermedad contagiosa... Al entrar en contacto con ella, nos envuelve y nos domina, y quedamos a merced de un monstruo que llevábamos dentro de nosotros mismos sin sospecharlo... Vemos entonces con indiferencia lo que antes nos causaba horror, y la crueldad se convierte en placer indispensable.

VIOLETA. – ¿Tampoco tienes tú remedio entonces?

MANOLO. – Yo sí, Violeta... Siento más bien el ansia de refugiarme en ti, en tu inmensa bondad, para que me ayudes a salir de esta horrible pesadilla.

VIOLETA. – Daría mi vida para que volvieras a ser el hombre bueno de otros días.

MANOLO. – Ya me lo había prometido a mí mismo... Y se lo advertí también a Natacha, so peligro de que cualquiera de sus secuaces trate ahora de ultimarme.

VIOLETA. – Hay que salvarla a ella también... No es posible dejarla abandonada a su propia insania... Además, está en grave peligro.

MANOLO. – ¿Crees tú?

VIOLETA. – ¿No comprendes que la bomba estalló aquí cerca. Porque la caja en que iba se confundió con otra que va a dar la pista para descubrir todo el enredo?

MANOLO. – Es verdad...

VIOLETA. – ¿Hay aquí algo que pueda comprometer a Natacha?

MANOLO. – Sí...

VIOLETA. – ¿Qué?

MANOLO. – En el cuarto de los trastos viejos, debajo de un cajón, están el depósito de explosivos, y todos los documentos del círculo terrorista, con el método para fabricar bombas y la lista de los afiliados.

VIOLETA. – ¡Qué barbaridad!

MANOLO. – Si llegaran a descubrir eso, no sólo nos iríamos todos nosotros a la cárcel de por vida, sino también muchos notables que andan predicando públicamente la mansedumbre y la convivencia.

VIOLETA. – Hay que sacar todo eso de aquí cuanto antes... desaparecerlo.

MANOLO. – Lo haré yo... Procura tú en tanto distraer a Natacha.

VIOLETA. – Sí... si...

(Sale **MANOLO** Y entra **NATACHA**)

NATACHA. – (**Cruzando la escena**) Buenos días...

VIOLETA. – ¿Vas a salir?

NATACHA. – Dentro de un momento.

VIOLETA. – (**Cerrándole el paso**) ¡Natacha!

NATACHA. – ¿Qué quieres?

VIOLETA. – Escúchame...

NATACHA. – Ya vengo.

VIOLETA. – Natacha: me he dado cuenta de todo... De todo.

NATACHA. – ¿De qué?

VIOLETA. – En primer lugar, del peligro que corres.

NATACHA. – Eso es cuestión mía.

VIOLETA. – ¿Por qué esas locuras?

NATACHA. – Difícil hacértelo entender... En todo caso, haré lo que me corresponde.

VIOLETA. – ¿Qué?

NATACHA. – Irme de aquí.

VIOLETA. – Eres injusta. ¿Te estoy echando acaso?

NATACHA. – Bien sé que no... Pero veo también que estoy abusando de tu hospitalidad y de tu confianza....

VIOLETA. – Cuentas con ellas incondicionalmente.

NATACHA. – Estás expuesta además a que en cualquier momento crean que eres mi cómplice.

VIOLETA. – No me asusta correr ningún riesgo por ti, Natacha... Aunque repreuebo lo que haces, por ti me jugaría la vida.

NATACHA. – Harías mal, en tal caso.

VIOLETA. – ¿Por qué, si eres lo único que tengo en el mundo? Deja tus rencores y tus caprichos... Vuelve a ser la que eras... Es tan fácil, estando rodeada de afectos nobles...

(**Entra MATUS de la calle**)

MATUS. – Muy buenos días...

VIOLETA. – ¡Señor Matus!

MATUS, . – Señorita Violeta... Señorita... ¿Con quién tengo el honor?

VIOLETA. – Es mi hermana...

MATUS. – Ah, sí... ¡Cómo no!.. En efecto, creo haberla visto antes, aunque no hubiera tenido la feliz oportunidad de estrechar su mano...

NATACHA. – (**Displícete**) Gracias.

MATUS. – ¿También consagrada a la dulce misión de las flores?

NATACHA. – (**Aspera**) No, señor... Con su permiso...

(**Sale NATACHA**)

VIOLETA. – ¿Y por qué tan madrugador?

MATUS. – ¿Madrugar?... ¡No he pegado los ojos!

VIOLETA. – ¿Y eso por qué?

MATUS. – ¿Sabe usted de dónde vengo ahora?

VIOLETA. – ¿De alguna fiesta?

MATUS. – ¡De la cárcel!

VIOLETA. – ¡Qué horror!... ¿Y eso por qué?

MATUS. – Es largo el cuento. .

VIOLETA. – Riñó con algún rival.

MATUS. – No... Pero encontré a Paz de muy mal genio anoche; y prácticamente me echó de su casa.

VIOLETA. – ¡No creí que fuera tan mal educada!

MATUS. – Y al salir, me tocó la bomba.

VIOLETA. – ¡Que de malas!... ¡Se salvó entonces de milagro!

MATUS. – No sé cómo no me mató... Pero perdí el sentido... Despierto otra vez en casa de ella, después del rompimiento y de la explosión, y me informan que es ahí donde funciona el centro terrorista... Me vejan, me esculcan, vuelven mi casa al revés... Hasta a los niños les quitan las cobijas y los pañales buscando explosivos... luego me meten en un calabozo hediondo.

VIOLETA. – Pobrecito...

MATUS. Y a las seis de la mañana me ponen en libertad pidiéndome excusas y echándose a reír..., y preguntándome si quiero un cafuche para matar el frío de la madrugada... ¡Este es un país de locos!

VIOLETA. – (**Conteniendo la risa**) ¡Un abuso, verdaderamente!

MATUS. – ¿Y qué dice la prensa a todas estas?

VIOLETA. – Aquí la tienes. .

MATUS. – Aja... (**Lee**)... Aja... ¡Aja... Ahora me explico por qué se reían de mí... y por qué me ofrezcan aguardiente... Lo que me pregunto ahora es quién me mete en tales enredos.

VIOLETA. – Tal vez tenga razón.

MATUS. – Mientras me burlé de las mujeres, ¡tan tranquilo!... Pasé de los sesenta sin un catarro... Tomo a una en serio, y ya ve usted: hasta terrorista y contrabandista he podido resultar sin saber a qué horas...

VIOLETA. – Así es...

(VIOLETA hace oficio mientras MATUS lee. En ese momento entra PANTALEON, otro personaje pintoresco que ha pasado también la línea de los cincuenta).

PANTALEON. – Señorita, usted perdón.. ", ¿Es esta la Floristería Granada?

VIOLETA. – A sus órdenes, sí señor... ¿En qué podemos servirle?

PAÑTALEON. – Quisiera saber simplemente si usted, señorita, conoce la dirección del señor. . (*Leyendo*) Wenceslao... Matus... Alen.

VIOLETA. – (*Alarmada*) Pues...

MATUS. – (*Alza a mirar sorprendido*) ¡Completamente a sus órdenes!

PANTALEON. – ¿Es usted?

MATUS. – Si en algo puedo serle útil...

PANTALEON. – ¿Esta tarjeta es suya?

MATUS. – Sí señor.

PANTALEON. – Necesito hablar con usted... Muy seriamente...,

MATUS. – ¡Cómo no!... Vamos al café... Le invito a un tintico...

PANTALEON. – Aquí no más, señor Matus Alen...

VIOLETA, Manolo... Manolo... ¡Ay, Dios mío!... ¡Lo que yo temía!

(*Sale VIOLETA*)

PANTALEON. – ¿Es suya también esta carta?

MATUS. – ¡Como no, como no!... ¡Muy gentil, haberse tomado el trabajo de buscarme para entregármela!... ¡Y se lo agradezco tanto! Siempre es mejor que esas cosas no anden rodando...

PANTALEON. – Sí,... Es mejor ponerlas en claro...

MATUS. – ¡Entonces, las flores fueron a dar también a sus manos!

MANTALEON. – Sí señor,

MATUS. – Y su vida, tan en peligro como la mía...

PANTALEON. – Así parece.

MATUS. – Pero no valía la pena que se molestara por tan poca cosa... De todos, modos muchísimas gracias.

PANTALEON. – Señor Matus: usted y yo debemos hablar con toda franqueza. Necesito poner las cosas en su. punto.

MATUS. – Comprendo... Usted tiene quizá el mismo interés que yo...

PANTALEON. – ¡No he de tenerlo!

MATUS. – Comprendo, sí... A ese respecto, esté tranquilo... Ha de saber usted que he resuelto no ocuparme más del asunto, ni volver a pensar en la tal muchareja; de suerte que usted queda, en libertad de obrar... y hasta luego.

PANTALEON. – (**Solemne**) Señor Matus Alen: la persona a quien ha enviado usted esas flores y esa carta... ¡Es mi mujer!

MATEUS. – La persona a quien yo... pues... primera noticia.

PANTALEON. – No estoy para bromas, señor Matus... y si usted prefiere que coloquemos esta conversación en otro plano... (Se lleva la mano al bolsillo de atrás)

MATUS. – Deje quieta esa manecita... Óigame... Créame usted... Bajo mi palabra de caballero...

PANTALEON. – ¡Usted no es un caballero!

MATUS. – (**Sujetándolo**) ¡Que se levanten de su tumba los seres que yo más venero y me condenen al oprobio, si yo sospechaba siquiera que ella fuera casada.

PANTALEON. – ¡Pero es cándido lo que usted dice!... ¡Ignoraba que fuera casada! ¿Cómo explica entonces su carta.... ¿No dice que esta carta es suya?

MATUS. – Sí señor... Sí señor.

PANTALEON. – (**Leyendo**) Veamos... El hombre con quien andas no es leal, no te estima, y aspira a perderte... Vuélvete la espalda y ven a mis brazos, que yo en cambio te ofrezco mi vida entera... Es decir: ¡que yo, no soy leal a mi esposa, que no estimo a mi esposa, que aspiro a perderla... Y ella debe volverme la espalda para irse con usted!

MATUS. – Permítame.... Oiga usted... Ya que las cosas han llegado a este punto, no queda más remedio sino que las pongamos en claro sin tapujos... De hombre a hombre..

PANTALEON. – Listo estoy, señor....

MATUS. – Es fuerza que le diga a usted toda la verdad, aunque lamentando lo sucedido... El desleal, el irresponsable, el perdulario a que me refiero en esa carta... no es usted.

PANTALEON. – ¿Quién entonces?

MATUS. – Un hombre por cierto que a ella no le convine...

PANTALEON. – Entonces... ¿Son dos?

MATUS. – Ella es bastante alocada... más de lo que usted supone.

PANTALEON. – ¿Está usted seguro?

MATUS. – Usted y yo somos quizá los únicos que la hemos tomado en serio.

PANTALEON. – Señor Matus: usted me da un golpe demasiado duro... Yo sospechaba algo... desde tiempo atrás! . | pero temía que fuera exceso de malicia... ¡Y la duda es horrible! ... Pero ahora veo que la verdad es peor... Y ella me jura y retejura, como siempre, que no se explica lo sucedido, que es inocente.

MATUS. – ¡Qué mujeres!

PANTALEON. – ¿Quién es el otro, señor Matus?

MATUS. – Son varios...

PANTALEON. – ¡Ah, sí?... ¿Y a cuál de ellos se refiere usted en su carta?

MATUS. – Al coronel Feoli.

PANTALEON. – ¡Feoli!... (*Abismado*) ¡Uno de mis mejores amigos.... ¡El que con más cariño y confianza he tenido siempre en mi casa!... ¡Y me paga en esa moneda.... ¡Canalla!... La vida me da asco, señor Matus... ¡Y yo, que empezaba ya a tranquilizarme y a admitir que todas mis antiguas sospechas eran infundadas... Que en mi hogar no había novedad...

MATUS. – Pero... ¿No se había dado usted cuenta de que Feoli iba a su casa todas las noches?

PANTALEON. – No... ¡Dormía tan confiado!

MATUS. – ¿Ni notó usted que anoche, después de que él salía, yo entraba?

PANTALEON. – No...

MATUS. – ¿Ni se había enterado usted de que allá le tenían instalado en forma permanente ese contrabando?

PANTALEON. – ¡Jamás!

MATUS. – ¿Y que quienes manejaban el negocio eran los mismos padres de su señora?

PANTALEON. – ¡Cómo iba a darme cuenta! ¿Por quién me toma usted, señor

Matus?

MATUS. – ¡Lo dice el periódico!

PANTALEON. – ¡Pero ya no respetan la vida privada de nadie!

MATUS. – Comprendo que a usted le han colocado en situación muy desagradable.

PANTALEON. – Señor Matus: ahora me explico que algunos hombre maten, y que los absuelvan, o los dejen fugar de la prisión.

MATUS. – Efectivamente.

PANTALEON. – Señor Matus: ¿usted sostendría delante de ella todo lo que me ha dicho?

MATUS. – No tengo inconveniente.

PANTALEON. – Ayúdeme en eso, señor Matus... Ayúdeme a desenmascararla... Porque ella seguirá negando hasta la luz del día... ¡Cuando se atrevió a venir conmigo en taxi hasta aquí, para demostrar que no había novedad... Que todo era una confusión... ¡Voy a traérsela!

(Sale PANTALEON, y regresa VIOLETA)

VIOLETA. – ¿Quién es?... ¿Quién es?

MATUS. – ¡Admíresel!... Nada menos que el marido de Paz.

VIOLETA. – ¿Resultó casada?

MATUS. – Como lo oye.

VIOLETA. – ¡La mosquita muerta!

(Entra PAZ)

PAZ. – ¡Señorita Violeta! ¡Señorita Violeta! (Se echa en brazos de ella)

VIOLETA. – Pero, ¿qué le sucede?

,
PAZ. – ¿No lo sabe?

VIOLETA. – Sí, acabo de leer.

PAZ. – ¡Papá y mamá presos!... ¡Piense el horror! ¡Y yo sola! ¡A como es la murmuración!

MATUS. – Usted sabe muy bien, señora, que no está sola.

PAZ. – (Yendo a él) ¡Ay, señor Matus! Gracias...

MATUS. – (Retirándola) Señora... ¡Moderación!

PAZ. – Perdóneme usted... He sido una loca.

MATUS. – Efectivamente... Hasta el punto de hacerme creer que era soltera.

PAZ. – ¿Qué?

MATUS. – ¡Qué es usted casada!

PAZ. – ¿Quién le ha dicho eso?

MATUS. – ¡Su marido!

PAZ. – ¡No es posible!

MATUS. – Acaba de salir de aquí.

PAZ. – ¿Es cierto, señorita Violeta?

VIOLETA. – Sí.

MATUS. – Fue a buscarla, precisamente. No debe de tardar.

PAZ. – Pero... ¿A qué viene ese hombre?... ¡No quiero verlo.

MATUS. – Tendrá que verlo.

PAZ. – Pero señor Matus: yo lo creía muerto... y no quiero saber más de él (**Io agarra**)

MATUS. – Perdone... Pero eso no me incumbe...

PAZ. – No sabe cuánto me ha hecho sufrir. Me echaba palo, me arrastraba por los cabellos... Me abandono... y ahora, cuando puedo rehacer mi vida con usted, viene a atravesarse en mi camino... Pues no, no y no. (**Lo abraza**).

MATUS. – Suelte, señora, suelte; que de pronto llega él y es para otra mala inteligencia.

PAZ. – Hago lo que usted quiera... Lo que me mande... Seré para sus niños una segunda madre... ¡Pero, sálveme de ese hombre!

MATUS. – ¡Qué costal de mentiras!... y acaba usted de decirle que no me conoce.

PAZ. – ¡Pero si no lo he visto.... ¡Ni sabía que hubiera llegado!... El mentiroso es

él.

MATUS. – ¡Esto ya es el colmo!

PAZ. – Señorita Violeta: ¡déjeme esconder aquí, por lo que más quiera! ¡Dígale que me fui para no volver!

(**Entra PANTALEON, llevando en rastra a INOCENCIA, que solloza**)

PANTALEON. – ¡Aquí lo tiene!!

INOCENCIA. – ¿Dónde?

PANTALEON. – ¿Ahora te haces la desconocida?.... El me ha dicho toda la verdad... Ahora es tu aliado, para que sepas.

INOCENCIA. – Pero... ¿dónde está?

MATUS. – (A **PAZ**, que hunde la cabeza en el hombro de VIOLETA) Aquí lo tiene usted.

PAZ. – (Sin mirar) ¡Que se vaya.... ¡Que se vaya., .. ¡Lo odio!

PANTALEON. – ¡Basta de farsa!... ¡La paciencia tiene su límite!

PAZ. – (Viendo a PANTALEÓN y abalanzándosele) ¡Defiéndame usted, ¡Pantaleón! ¡Defiéndame usted!

INOCENCIA. – ¿Y esa mujer quién es?

MATUS. – ¡La esposa de don Pantaleón!

MATUS. – Acaba de salir de aquí.

PAZ. – ¿Es cierto, señorita Violeta?

VIOLETA. – Sí.

MATUS. – Fue a buscarla, precisamente. No debe de tardar.

PAZ. – Pero... ¿a qué viene ese hombre?... ¡No quiero verlo!

MATUS. – Tendrá que verlo,

PAZ. – Pero señor Matus: yo lo creía muerto... y no quiero saber más de él (**lo agarra**)

MATUS. – Perdone... Pero eso no me incumbe...

PAZ. – No sabe cuánto me ha hecho sufrir. Me echaba palo, me arrastraba por los cabellos... Me abandono... y ahora, cuando puedo rehacer mi vida con usted, viene a atravesarse en mi camino... Pues no, no y no. (**Lo abraza**)

MATUS. – Suelte, señora, suelte; que de pronto llega él y es para otra mala inteligencia.

PAZ. – Hago lo que usted quiera... lo que me mande... Seré para sus niños una segunda madre... ¡Pero sálveme de ese hombre!

MATUS. – ¡Qué costal de mentiras!... Y acaba usted de decirle que no me conoce.

PAZ. – ¡Pero si no lo he visto.... ¡Ni sabía que hubiera llegado!... El mentiroso es él.

MATUS. – ¡Esto ya es el colmo!

PAZ. – Señorita Violeta ¡déjeme esconder aquí, por lo que mas quiera! ¡Dígale que me fui para no volver!

(**Entra PANTALEON, llevando en rastra a INOCENCIA, que solloza**)

PANTALEON. – ¡Aquí lo tienen!

INOCENCIA. – ¿Dónde?

PANTALEON. – ¿Ahora te haces la desconocida? , , . El me ha dicho toda la verdad... Ahora es mi aliado, para que sepas.

INOCENCIA. – Pero... ¿dónde está?

MATUS. – (A **PAZ**, que hunde la cabeza en el hombro de VIOLETA) Aquí lo tiene usted.

PAZ. – (**Sin mirar**) ¡Que se vaya... ¡Que se vaya... ¡Lo odio!

PANTALEON. – ¡Basta de farsa!... ¡La paciencia tiene su límite!

PAZ. – (**Viendo a PANTALEÓN y abalanzándosele**) ¡Defiéndame usted, ¡Pantaleón! ¡Defiéndame usted!

INOCENCIA. – ¿Y esa mujer quién es?

MATUS. – ¡La esposa de don Pantaleón!

INOCENCIA. – ¿La esposa?... ¡Si la esposa soy yo!

PANTALEON. – ¿Pero qué pasa?...

PAZ. – ¡Es horrible, Pantaleón!

INOCENCIA. – (A **PANTALEÓN**) ¿Y tú qué tienes que ver con esa mujer?

PANTALEON. – Ante todo, al grano: ¿Qué tienes tú que ver con ese hombre?

INOCENCIA. – (A **PAZ**) ¿Qué tiene usted que ver con mi marido?

PAZ. – ¿Sabía yo siquiera que él era casado.

PANTALEON. – ¿Le escribió usted a ella, o no, esta carta, señor Matus?

MATUS. – No señor.

PANTALEON. – Pero hace un momento me dijo que sí. ¿En qué quedamos?

INOCENCIA. – Y esa mujer descarada, ¿por qué te abraza?

PAZ. – ¿Y usted por qué me ultraja?

(*Comienzan todos a hablar a un tiempo; de suerte que aquello se vuelve una babel*)

VIOLETA. – (Dominando la algarabía) ¡Un momento, por Dios! Sé lo que sucede aquí...

MATUS. – Pues que el marido de la señora...

INOCENCIA. – Le repito que la señora soy yo.

PANTALEON. – Entonces la señora que usted...

PAZ. – ¿Y ese hombre?.... ¿No dicen que está aquí?

VIOLETA. – Un momento, por favor. ¡Comprendo lo que pasa!... ¡Pero déjenme que les explique!... Lo que hay en esto no es sino una confusión de flores!... La carta del señor Matus era para la señorita... Digo: para la señora Paz.

MATUS. – Efectivamente.

MATUS. – ¡Eran dos cajas iguales; y la sirvienta, al entregarlas, las confundió... En realidad, la culpa es mía... Les pido mil excusas.

INOCENCIA. – ¿Ves que has sido injusto?... ¡Y todo lo que me dijiste.... ¡Y haciéndome pasar tanta vergüenza!... (Enfurecida) ¡Y el que engaña eres tú! ¡Eres tú, con esa mujer!

PAZ. – ¡Se equivoca usted, señora!

INOCENCIA. – ¿Que me equivoco?

(Las dos tratan de irse a las manos)

VIOLETA.- ¡Calma, señores!... **(A INOCENCIA)** Mire, señora: en aquel saloncito pueden discutir cómodamente usted y su esposo... PASEN ahí dentro.

INOCENCIA. – **(Accediendo)** ¡Eres cruel conmigo, Pantaleón.

PANTALEON. – Bueno, mijita... No fue nada...

INOCENCIA. – ¡Sí, nada.... ¡Y la noche que me has hecho pasar, con la novedad que tengo en el corazón!

PANTALEON. – Te daré ahora un calmante.

INOCENCIA. – **(Llorando)** ¡Ay, Dios mío!... ¡Qué infamia!...

(Salen INOCENCIA Y PANTALEON por la derecha, conducidos por VIOLETA)

PAZ. – Me vuelve el alma al cuerpo... Creí que de veras ese hombre había vuelto.

MATUS. – ¿Y dónde está?

PAZ. – ¡Qué voy a saber! ... Me abandonó a los dos meses de casados... O lo mataron tal vez; porque desde entonces, como si se lo hubiera comido la tierra.

MATUS. – ¿Cómo se llama?

PAZ. – Timoleón.

MATUS. – ¿Timoleón qué?

PAZ. – Castañas.

MATUS. – **(Animándose)** ¿Uno cejijunto, diente de oro?

PAZ. – Ese... Ese... ¿Vive? ¿Usted lo conoce?

MATUS. – ¡Claro que sí!... Ese hombre tiene la manía de casarse en todas partes. Con el de usted, le conozco ya en Colombia seis vínculos conyugales... Ahora anda en correría por el exterior, predicando la unión continental.

PAZ. – ¡Como el mío no haya sido el primero!...

MATUS. – No... El comenzó a ejercer esa carrera hace más de diez años.

PAZ. – Entonces... entonces...

MATUS. – Su matrimonio es nulo... Es usted libre como el aire.

PAZ. – ¡Ay, señor Matus!... ¡Me quita usted un peso de encima! (**Se le echa encima**)

MATUS. – Moderación, . . . Moderación...

PAZ. – (**Llorando**) ¡Ay, Wenceslao!

MATUS. – (**A blandándose**) ¿Y por qué llora, cuando debiera estar contenta?

PAZ. – Porque me pesa haberme portado tan mal con usted anoche...

MATUS. --No se preocupe por tan poca cosa...

PAZ. – Porque mi ilusión, corno la de usted, es tener un hogar.

MATUS. – (**Enternecido**) ¡Aplauso!... ¡Aplauso!...

(**Regresa VIOLETA**)

VIOLETA. – Ustedes también se están propasando a la vista de] público... Pasen allí dentro... al comedor o a mi cuarto.

PAZ. – Vamos, sí... (**Llorando**) ¡Ay Wenceslao!

MATUS. – Calma, calma... No sufra, que todo se va a arreglar.

(**Salen MATUS y PAZ por la izquierda, y se cruzan con NATACHA que regresa**)

NATACHA. – (**Muy afanada**) Violeta: ¿has visto por casualidad unos paquetes que tenía yo en el cuarto de los trastos viejos?

VIOLETA. – ¿En qué sitio?

NATACHA. – Debajo de un cajón.

VIOLETA. – No...

NATACHA. – Han desaparecido.

VIOLETA. – La sirvienta estuvo hoy allá limpiando y arreglando... ¡Como no los haya echado a la basura!

NATACHA. – ¡Sería absurdo!... Los necesito para arreglar mi equipaje.

VIOLETA. – ¿Qué?... ¿Insistes en irte?

NATACHA. – Sí...

(*Entran por el fondo PACHECO y ESGUERRITA*)

PACHECO. – Perdón, señoritas...

VIOLETA. – Adelante, señor Pacheco.

PACHESO. – Señoritas... Con perdón suyo... Lamento tener que molestarlas...

NATACHA. – Usted nunca molesta. Por el contrario...

PACHECO. – Es que esta vez no vengo como amigo.

VIOLETA. – (*Aterrada*) ¿Qué sucede?

PACHECO. – Traigo orden de rondar.

NATACHA. – ¿Y por qué?

PACHECO. – Como en torno a la explosión de anoche aparecieron fragmentos de orquídeas cuya procedencia se ignora, hay orden de requisar todas las floristerías de Bogotá.

VIOLETA. – Pero... Óigame...

NATACHA. – (*Insinuante*) ¿La nuestra también?

PACHECO. – (*Incorrumpible*). No se afanen, señoritas; que sí, como lo supongo, no hay nada que pueda comprometerlas, es cuestión rápida.

VIOLETA. – Entre, pues...

PACHECO. – Si quieren ustedes acompañarnos...

VIOLETA. – No es necesario.

PACHECO. – Jalémosle, pues, Esguerrita.

ESGUERRITA. – Jalémosle, ala.

(*PACHECO y ESGUERRITA salen por la derecha*)

VIOLETA. – ¿Son comprometedores esos paquetes?

NATACHA. – Más de lo que supone.... (*Al fondo*) Mira: sobre la caneca de la basura hay una caja de cartón... ¿Estarán ahí?

VIOLETA. – ¿Miramos?

NATACHA. – No... Ahora sería peligrosísimo.

(Regresan PACHECO y ESGUERRITA caminando para atrás, muy sorprendidos)

PACHECO. – Perdón, señorita Violeta...

VIOLETA. – ¿Qué se le ofrece?

PACHECO. – Excuse... Esa pareja que está ahí... ¿es de su familia?

VIOLETA. – No.

PACHECO. – ¿Pero sí recién casados?

VIOLETA. – No sabría decirle.

PACHECO. – Aja... Vamos entonces por allí Esguerrita...

(Salen PACHECO y ESGUERRITA por la izquierda)

NATACHA. – Lo grave sería que solamente hubieran cambiado eso de sitio...

VIOLETA. – ¡Dios no lo quiera!...

NATACHA. —En tal caso, no podrán salir vivos de aquí esos dos hombres...

VIOLETA. – ¡Uy!... ¡Horrible sería! y ESGUERRITA, aún más

(Regresan PACHECO y ESGUERRITA sorprendidos)

VIOLETA. – ¿Ya?

PACHECO. – Díganme: ¿el señor Matus y la Paz sí son recién casados?

VIOLETA. – Ellos no son sino... clientes.

PACHECO. – ¿Clientes?... Acabo de entender...

VIOLETA. – **(A NATACHA)** Ven para acá... Esperemos que se cansen de importunar.

(Salen VIOLETA Y NATACHA por la izquierda)

PACHECO. – ¿Te fijas, ala, Esguerrita, qué pisco tan de malas soy yo?

ESGUERRITA. – ¿Nos embocamos, no?

PACHECO. – Siempre que creo dar con un centro terrorista, lo que

encuentro es un contrabando de otra clase.

ESGUERRITA. – ¿Habrá que dar parte, ala?

PACHECO. – ¿Para qué les hacemos el mal?... A lo mejor es cuchillo para nuestro mismo pescuezo... Saquémosle más bien partido al asunto.

ESGUERRITA. – ¡Claro!... Y así tenemos donde divertirnos de gorra.

PACHECO. – ¡Caramba!! ¡Y yo que tenía tan buena idea de la señorita Violeta! ¡Pensé hasta que podía casarme con ella!

ESGUERRITA. – (**Hace un buche de risa**)

PACHECO. – Y la otra, la Natacha, poniéndome las grandes bolas... Y yo despistado...

(**Regresa VIOLETA**)

VIOLETA. – ¿Ya están satisfechos?

PACHECO. – (**Malicioso**) ¡Cómo no!

ESGUERRITA. – Así parece...

VIOLETA. – ¡Sólo a ustedes se les ocurre, buscar bombas en las floristerías!

PACHECO. – Si lo ordenan...

VIOLETA. – Para rematar el incidente, venga acá, le pongo un clavel en el ojal.

PACHECO. – Encantado...

VIOLETA. – Y que se vaya la autoridad, y venga de nuevo el amigo...

PACHECO. – (**Malicioso**) ¿Cuándo?

VIOLETA. – Hoy mismo, si quiere...

PACHECO. – Convenidos. .

ESGUERRITA. – ¿Y para mí no hay flor?

VIOLETA. – También... Con mucho gusto...

ESGUERRITA.--¿También puedo yo venir... como amigo?

VIOLETA. – Cuando quiera...

PACHECO. – Hasta la noche, entonces...

ESGUERRITA. – Hasta noche...

VIOLETA. – Los esperamos...

(PACHECO y ESGUERRITA salen con codeos y sonrisas de mala intención)

(Entran MANOLO y NATACHA)

NATACHA. – ¿Se fueron?

VIOLETA.. – ¡A Dios gracias.... ¿Encontraste esas cosas?

NATACHA. – N o.

VIOLETA.-Voy a buscarlas yo misma...

(Sale VIOLETA)

NATACHA. – ¡Manolo: ¡tú tienes esos documentos y esos materiales!

MANOLO. – Me encanta tu sospecha.

NATACHA. – ¡Dámelos!

MANOLO. – ¿Es una orden?

NATACHA. – ¡Dámelos, he dicho!

MANOLO. – Los tiré a la basura.

NATACHA. – ¡Eres un traidor!

MANOLO. – Pero muy bien intencionado.

NATACHA. – ¿Qué te propones?

MANOLO. – Retenerte aquí y sacarte todas las cucarachas de la cabeza. .
¿No nos hemos jurado la guerra?... ¡Eres mi prisionera!

NATACHA. – Sí... Sé que estoy en tus manos,

MANOLO. – Y cuando quieras, en mis brazos.

NATACHA. – ¡Eso nunca!

MANOLO. – ¿Por qué no? ... El odio está ya en bancarrota...Lo que nuestra tierra necesita ahora es concordia y amor...

NATACHA. – Bernabé no me lo perdonaría...

MANOLO. – (*Apretándola*) ¡Pues que venga a impedirlo!

NATACHA. – (*Entregada*) ¡Manolo!

MANOLO. – ¡Amor mío! (*La besa*)

(*Aparecen al fondo PACHECO y ESGUERRITA carraspeando*)

PACHECO. – Perdonen que les interrumpa..

(*Regresan INOCENCIA Y PANTALEON*)

INOCENCIA. – Te dije que aquí no... Ya ves lo que pasó.

(*Regresan MATUS y PAZ*)

MATUS. – Ni en el último rincón del mundo lo dejan a uno en paz.

(*Entra VIOLETA*)

VIOLETA. – ¿Qué pasa ahora, señor Pacheco?

PACHECO. – Esa caja que está ahí en la basura me ha parecido sospechosa.

VIOLETA. – ¡Ay, deje ya esas historias!

PACHECO. – Esguerrita: tráela para acá.

ESGUERRITA. – (*Trayéndola*) ¡Y pesa!

PACHECO. – ¡Ábrela!

MATUS. – ¡No!... ¡Puede ser otra bomba!

PAZ. – Llévensela más bien.

(*Llanto de un recién nacido*)

ESGUERRITA. – ¿Quién llora?

VIOLETA. – . – Parece que es entre la caja.

MATUS. – Como no sea una bomba melódica...

PACHECO. – (*Enérgico*) ¡He dicho que la abra!!

MATUS. – (**Parapetándose**) ¡Cuidado!, . . . ¡cuidado!....

ESGUERRITA. – (**Abriéndola**) ¡Un bebé!

PACHECO. – ¿No digo?... Encuentro toda clase de contrabando, menos el que busco.

INOCENCIA. – ¡Ay! ¡Un recién nacido!

VIOLETA. – ¿Qué dice ahí?

PAZ. – Quien entregue este niño a las Benefactoras de los huérfanos, hará una obra de bien.

VIOLETA. – ¡Con qué corazón abandonan así a una criatura!

PACHECO. – Y ahora, ¿qué hacemos con eso?

MANOLO. – Pongámosle orquídeas y enviémoselo a las damas que organizaron la fiesta del Colón.

MATUS. – (**Acercándose al NENE**) ¡No!... ¡Pobrecito...!

PAZ. – ¡Pantaleón!

PANTALEÓN. – (**Acude como autómata**)

INOCENCIA. – (**Lo retiene**) ¡Pantaleón!

PAZ. – Digo: ¡Wenceslao.... ¡Ven acá!... ¡Deja eso quieto!

MATUS. – (**Alzándolo**) Da lástima tirarlo al montón.

PAZ. – Pero si ya tenemos doce...

MATUS. – Mi ambición era llegar a trece, que es número de buen agüero.

PAZ. – (**Resignada**) Siendo así... ¿cómo no complacerte?

PACHECO. – Entonces... será hasta luego otra vez...

VIOLETA. – No se vaya, Pacheco... Acompáñenos en esta hora de grata convivencia...

ESGUERRITA. – Sí... Yo estoy por la convivencia... Aunque en esta momento, no me toque nada en el reparto...

(**Levanta la caja vacía**)

PACHECO. – (*Abrazando a VIOLETA*) ¡Que viva, pues la convivencia!

TELON